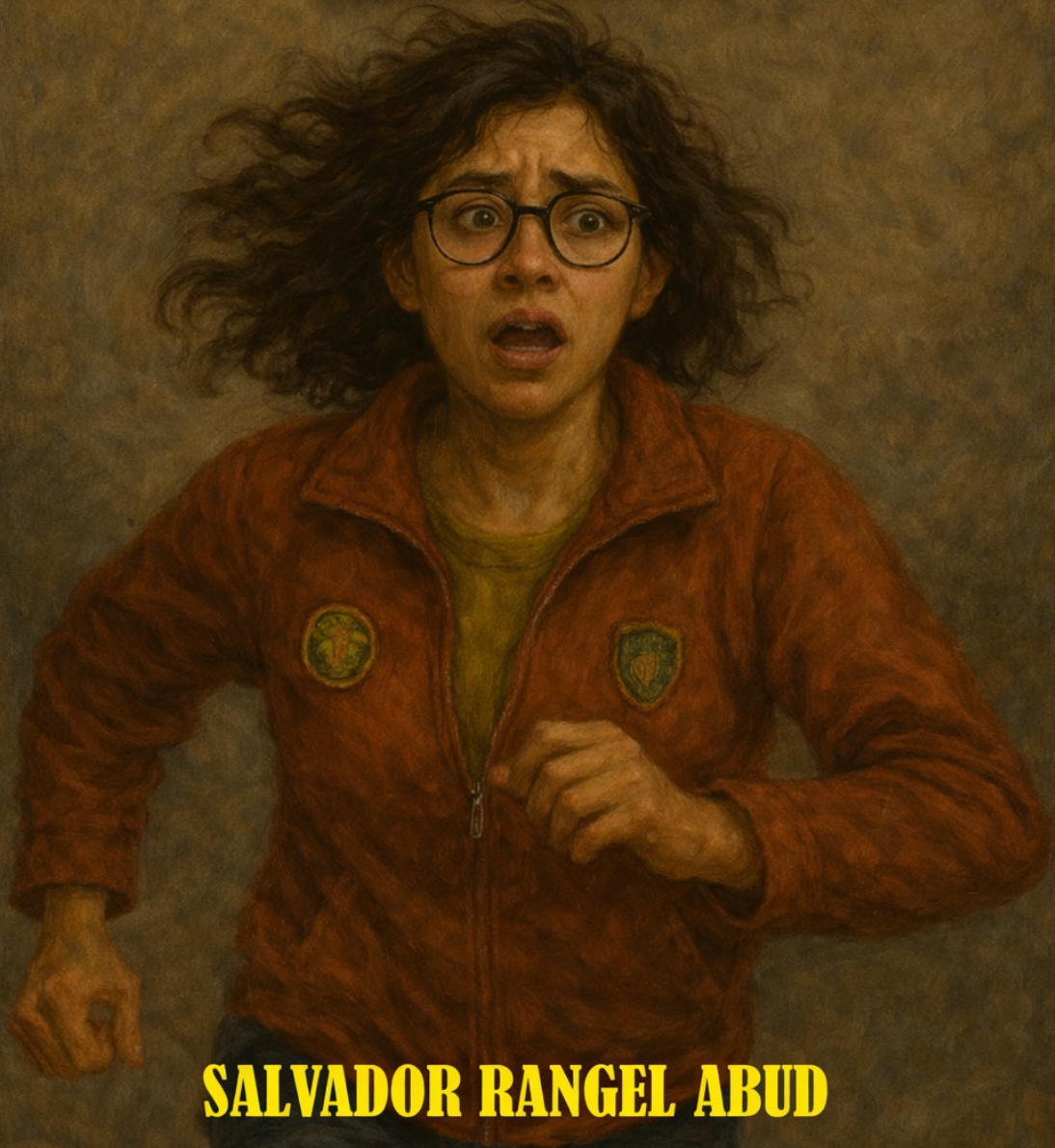


LA RESIDENCIA Y SUS SECRETOS

**LIBRO CUATRO de la serie de
LALITA THOMPSON**



SALVADOR RANGEL ABUD

LA RESIDENCIA Y SUS SECRETOS

Cuarta aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

SINOPSIS

En la residencia estudiantil de la Universidad Nacional del Valle del Anáhuac, los secretos no se guardan en cajas fuertes sino en cajones de madera sin llave. Cuando el diario íntimo de Zoé Rivera desaparece y los extorsionadores exigen tres mil pesos en cuarenta y ocho horas, Lalita Thompson enfrenta por primera vez un caso donde la víctima es su mejor amiga. Lo que parece un robo oportunista revela, capa a capa, una red sistemática de tres años: personal de limpieza que selecciona documentos íntimos, una estudiante intermediaria atrapada entre la desesperación financiera y la complicidad, un administrador que archiva denuncias a cambio de dinero, y un prestamista violento que coordina toda la operación desde las sombras. Lalita se infiltrará con identidad falsa, negociará con personas que actúan por necesidad desesperada, y se enfrentará sola a un criminal que no tiene escrúpulos. Esta vez, sobrevivir no estará garantizado.

GÉNERO Y SUBGÉNERO

Ficción juvenil — Misterio universitario — Suspense social — Drama psicológico

PERFIL DE LA PROTAGONISTA

Eulalia "Lalita" Thompson, 21 años, estudiante de tercer año de psicología en la UNVA. En sus tres casos anteriores demostró que la inteligencia metódica y la lectura fina del comportamiento humano son suficientes para resolver los misterios que la institución prefiere ignorar. En este cuarto caso aprende, de la manera más concreta posible, que no siempre lo son: que la violencia real tiene sus propias reglas, y que enfrentarla deja marca aunque se salga vivo del encuentro.

Sigue llevando su libreta amarilla. Sigue anotando en página impar. Pero lo que escribe en ella a partir de este caso tiene un peso que los anteriores no tenían.

TEMÁTICA CENTRAL

La novela examina la desigualdad estructural desde un ángulo concreto e incómodo: las mismas condiciones laborales que generan desesperación en el personal de limpieza son las que hacen posible la red de extorsión. El salario de quien limpia los baños de la residencia y la colegiatura anual que pagan quienes los usan no son datos de fondo. Son la causa del problema. No hay villanos simples en esta historia. Hay

personas que tomaron decisiones moralmente incorrectas por razones humanamente comprensibles, y un sistema que creó las condiciones para que esas decisiones fueran la salida disponible.

MENSAJE IMPLÍCITO

La justicia que no incomoda no es justicia. Resolver un caso significa también preguntar qué lo hizo posible, y esa pregunta conduce inevitablemente a lugares donde las respuestas fáciles no alcanzan. Comprender no es lo mismo que justificar, y distinguir entre ambas cosas es, quizás, la habilidad más difícil que Lalita aprende en este caso.

ESTRUCTURA Y EXTENSIÓN

La novela se compone de ocho capítulos de aproximadamente dos mil palabras cada uno, más un epílogo que cierra el arco del caso y abre la siguiente entrega de la serie. Extensión total aproximada: dieciséis mil palabras. La estructura alterna entre la investigación activa dentro de la residencia, las confrontaciones con los distintos cómplices, y el proceso de recuperación psicológica de Lalita en las semanas posteriores al momento de mayor peligro. El ritmo es sostenido, con cada escena cumpliendo función narrativa y emocional.

PÚBLICO LECTOR

Lectores jóvenes de 14 años en adelante y adultos con interés en la narrativa de misterio con consciencia social. La novela trata con seriedad temas como la extorsión, el trauma psicológico, la desigualdad laboral y la complejidad moral, sin perder la accesibilidad ni el ritmo. Especialmente recomendada para lectores que se preguntan por qué las instituciones fallan y quiénes pagan el precio de esa falla.

VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO

Sin ser didáctica, la novela introduce de manera natural conceptos de psicología del trauma, criminología básica y análisis institucional. El lector aprende junto a Lalita a distinguir culpa de complicidad, miedo de cobardía, y comprensión de justificación. El proceso de recuperación postraumática de la protagonista está construido con rigor y sin dramatismo innecesario, y puede ser punto de entrada para conversaciones sobre salud mental, violencia y sus consecuencias reales en personas jóvenes.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración hospitalaria y doctorando en el Instituto

Nacional de Salud Pública. Es también escritor aficionado con más de cien novelas publicadas en distintos géneros, en las que combina su formación científica con su vocación narrativa para crear obras que entretienen y enseñan al mismo tiempo. La serie de Lalita Thompson nace de su convicción de que la mejor literatura juvenil no simplifica el mundo: lo revela.

PALABRAS CLAVE

Ficción juvenil — Misterio universitario — Extorsión — Desigualdad laboral — Trauma psicológico — Investigación — Universidad — Residencia estudiantil — Justicia imperfecta — Complicidad institucional — Comportamiento humano — Serie de novelas — Literatura para jóvenes — México — Campus universitario — Detectives aficionados — Salud mental — Violencia — Recuperación

NOTA DE PUBLICACIÓN Y LICENCIA

Esta obra se publica en acceso abierto a través de Internet Archive como parte del compromiso del autor con la democratización de la lectura y el acceso libre a la cultura.

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud © Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0 Atribución — No Comercial — Sin Derivadas

Usted es libre de descargar, almacenar y distribuir esta obra, siempre que: se acredite al autor (Salvador Rangel Abud) de manera apropiada, no se utilice con fines comerciales, y no se modifique, adapte ni genere obra derivada a partir de este material.

Para consultar el texto completo de la licencia:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

CITA REPRESENTATIVA

"La necesidad no justifica el crimen. Pero lo explica. Y esa diferencia importa cuando la justicia tiene que decidir qué hace con personas que hicieron daño por razones que cualquiera podría entender." — Eulalia "Lalita" Thompson, libreta amarilla, caso 4.

PRÓXIMA ENTREGA

"Fraude en las Becas Deportivas" — Quinta aventura de Lalita Thompson
Cuando estudiantes atletas comienzan a perder sus becas por bajo rendimiento académico de manera sospechosamente sistemática, Lalita descubre una red de corrupción que involucra entrenadores, el departamento de admisiones y dinero de patrocinadores externos. Pero

esta vez investiga diferente: más cuidadosa, mejor respaldada, y con conciencia completa de cuánto tiene que perder.

Próximamente en Internet Archive.

MENSAJE FINAL

Una residencia estudiantil es un microcosmos: jerarquías invisibles, dinero que no alcanza, secretos que caben en un cajón y vergüenzas que caben en un diario. Lalita Thompson entró a investigar un robo y encontró todo eso, más la pregunta que ningún caso anterior le había hecho de manera tan directa: ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar?

La respuesta la dejó marcada. Y eso, descubrió, también forma parte del trabajo.

Serie: Las investigaciones de Lalita Thompson — No. 4 de 10 © Salvador Rangel Abud — wrangel.1352@gmail.com — CC BY-NC-ND 4.0

INDICE

Capítulo 1: Cuando la víctima es tu mejor amiga

Capítulo 2: La residencia y sus habitantes olvidados

Capítulo 3: El anzuelo y la intermediaria

Capítulo 4: Entre la necesidad y el crimen

Capítulo 5: El administrador cómplice

Capítulo 6: La confrontación fragmentada

Capítulo 7: Justicia imperfecta y reformas necesarias

Capítulo 8: Informe final - Cuando la justicia duele

Prefacio

Tres semanas después del caso del Club de Debate, el Proyecto de Integridad Académica Garza había ganado algo que ninguno de sus integrantes había anticipado: credibilidad institucional suficiente para que la gente dejara de preguntar por qué tres estudiantes operaban desde el sótano del edificio de posgrado. La cafetera seguía funcionando en días alternos. La puerta seguía chirriando. Pero nadie cuestionaba ya su presencia ahí.

Eso tenía sus ventajas y sus complicaciones.

Las ventajas: acceso más fácil, preguntas menos frecuentes, un nombre que circulaba en los pasillos de la UNVA como sinónimo de que algo que no debería estar pasando estaba a punto de dejar de pasar.

Las complicaciones: cada semana llegaban más reportes. Problemas de plagio mal resueltos, irregularidades en concursos académicos, conflictos de interés en comités de titulación. Suficiente trabajo para mantener ocupadas a cinco personas durante un semestre entero.

Sofía, como presidenta del Club de Debate en funciones, distribuía su tiempo entre reformas institucionales y reuniones del Proyecto con la eficiencia de quien ha decidido que dormir es opcional mientras haya cosas sin resolver. Villarreal procesaba los reportes, priorizaba, archivaba lo que no tenía suficiente evidencia para proceder. Zoé coordinaba logística y mantenía el registro de casos activos e inactivos con un sistema de colores que solo ella entendía completamente.

Lalita archivó el caso tres, etiquetó la libreta correspondiente, y pasó dos semanas ayudando con el trabajo ordinario del Proyecto. Era necesario. También era, si era honesta consigo misma, ligeramente insuficiente para lo que su mente necesitaba.

Lo inevitable llegó un martes por la tarde en forma de mensaje de Zoé, que salía de la residencia estudiantil donde vivía desde primer año:

"Oye. Desaparecieron documentos de mi cajón. No la primera vez que pasa en el edificio pero nadie habla de eso. ¿Cuándo tienes tiempo?"

Lalita leyó el mensaje. Miró la libreta vacía que tenía sobre el escritorio desde hacía tres días.

Escribió en la primera página impar: "*Caso 4.*"

Abajo: "*Esta vez el caso llegó solo. Eso no lo hace más fácil.*"

Y empezó.

Capítulo 1

Cuando la víctima es tu mejor amiga

Lalita supo que algo estaba terriblemente mal en el momento en que Zoé entró a su habitación compartida, y no fue por su expresión —Zoé tenía buen control sobre sus emociones cuando lo necesitaba— sino por sus manos. Temblaban mientras cerraba la puerta con seguro, algo que nunca hacía porque siempre decía que los seguros creaban paranoia innecesaria en espacios que deberían ser seguros por diseño.

Era jueves por la noche, casi las once. Lalita estaba revisando apuntes de Neuropsicología cuando Zoé llegó con la mochila todavía al hombro y la expresión de quien acaba de descubrir que el suelo bajo sus pies nunca fue tan sólido como parecía.

—Zoé, ¿qué pasó?

Zoé dejó caer la mochila, se sentó en su cama y por primera vez desde que Lalita la conocía —casi tres años, desde que coincidieron en Introducción a la Psicología Social— la vio a punto de colapsar completamente.

—Alguien entró a mi habitación en la residencia.

Lalita cerró su libreta y la puso a un lado.

—¿Cuándo?

—No lo sé con exactitud. Salí a clase a las tres y regresé a las siete. La puerta estaba cerrada, todo parecía en su lugar. Pero mi diario no estaba donde lo guardaba.

—¿Tu diario?

—En el cajón del escritorio, debajo de tres cuadernos. No era lugar obvio. Nadie sabía que estaba ahí.

Lalita lo sabía porque Zoé había mencionado una vez, en primer semestre, que escribir le ayudaba a procesar cosas que no podía decir en voz alta todavía. No había preguntado más. Ese era el tipo de información que se guarda sin comentario.

—¿Reportaste el robo?

—Fui con Isaac, el administrador. Me dijo que probablemente lo había extraviado yo misma, que esas cosas pasan, que no había evidencia de entrada forzada y que sin esa evidencia no podía levantar reporte oficial.

—¿Y no la había?

—No. La cerradura estaba completamente intacta. Quien entró tenía llave o sabe forzar cerraduras sin dejar rastro visible.

Lalita se levantó y se sentó junto a ella en su cama.

—¿Qué había en ese diario?

Zoé cerró los ojos un momento antes de responder.

—Todo. Cosas que no le he dicho a nadie. Ni a ti. Ni a mi familia. Especialmente no a mi familia.

—¿Como qué?

—Como que soy bisexual y mi familia no lo sabe porque son católicos conservadores que me desalojarían si se enteraran antes de que yo estuviera lista. Como que tomo medicación para la ansiedad desde segundo semestre. Como que el semestre pasado estuve tan cerca de dejar la carrera que escribí una carta de renuncia que nunca entregué.

Lalita sintió un peso específico en el pecho. No por el contenido —nada de eso cambiaba en lo más mínimo cómo veía a su mejor amiga— sino por lo que significaba que esa información estuviera ahora en manos desconocidas.

—Hay más —continuó Zoé—. Escribí sobre alguien que me gusta. Alguien que también es mujer. Con detalles. Con su nombre completo.

—Mierda.

—Exacto.

Permanecieron en silencio varios segundos hasta que el teléfono de Zoé vibró sobre la cama. Ella lo ignoró, pero vibró de nuevo. Y luego otra vez.

—¿No vas a ver quién es?

Zoé lo tomó con manos todavía temblorosas, abrió los mensajes, y palideció de una manera que Lalita no le había visto antes. Sin decir palabra, le pasó el teléfono.

Los mensajes eran de número desconocido:

"Hola Zoé. Encontramos algo que te pertenece."

"Un diario muy personal. Muy íntimo."

"Sería terrible si ciertas páginas llegaran a personas incorrectas. Como tu familia. O la persona sobre quien escribes con tanto detalle."

"3,000 pesos en efectivo. Instrucciones de entrega próximamente. Tienes 48 horas para decidir."

"No involucres a nadie. Especialmente no a tu amiga detective. Sabemos dónde viven. Ambas."

El último mensaje heló la sangre de Lalita de una manera que los anteriores no habían logrado. No solo sabían sobre Zoé y su diario. Sabían sobre ella, sobre lo que hacía, sobre dónde vivían las dos.

—¿Cuándo recibiste esto?

—Hace diez minutos. Justo antes de llegar aquí.

Lalita le devolvió el teléfono y caminó hacia su escritorio.

—No vas a pagar.

—Lali...

—No vas a pagar ni un peso, porque si pagas ahora pagarás siempre. El primer pago establece que eres un blanco que responde, y eso garantiza que habrá una segunda demanda.

—¿Y qué sugiere entonces mi amiga detective? ¿Que deje que publiquen mi diario mientras tú investigas?

—Sugiero que encontremos quién lo tiene y lo recuperemos antes de que puedan hacer nada con él. Cuarenta y ocho horas es tiempo suficiente si empezamos ahora.

—Dijeron explícitamente que no te involucre.

—Entonces seré muy discreta.

Zoé se puso de pie con una brusquedad que delataba cuánta tensión llevaba contenida.

—¡No puedes resolver todo con investigación! A veces la solución más sensata es simplemente pagar y seguir adelante con tu vida.

—¿Y la próxima vez? ¿Y la siguiente? Porque habrá una siguiente si estableces que eres un blanco que paga sin hacer preguntas.

—¡Prefiero ser un blanco fácil que tener a mi familia descubriendo quién soy de la peor manera posible, por mensajes anónimos que lleguen sin que yo haya podido prepararlos!

El grito fue desgarrador de una manera que Lalita no anticipó, no porque fuera fuerte sino porque Zoé nunca gritaba. En casi tres años de amistad no la había visto perder el control así, y el hecho de que lo hiciera ahora decía más sobre el nivel de miedo que cargaba que cualquier otra cosa que hubiera podido decir con calma.

Lalita cruzó el cuarto y la abrazó sin preámbulo. Zoé se quebró entonces, llorando contra su hombro con sollozos que llevaba conteniendo desde que descubrió el cajón vacío.

—Vamos a recuperarlo —dijo Lalita en voz baja, con la convicción de quien ha cumplido esa clase de promesa antes—. No vas a pagar nada y tu familia no va a enterarse de nada que no estés lista para decirles tú misma, a tu tiempo y a tu manera.

—¿Cómo puedes prometerme eso cuando ni siquiera sabes quién lo tiene?

—Porque he resuelto tres casos y en los tres he protegido a las víctimas. Tú no serás diferente.

—Los otros casos no me involucraban a mí.

—Exacto. Y eso significa que esta vez voy a trabajar el doble.

Zoé se separó poco a poco, secándose las lágrimas.

—¿Y si de todas formas fallas?

Era la pregunta que Lalita no quería confrontar, porque por primera vez el caso no era académico ni distante sino su mejor amiga frente a ella con los ojos rojos, y el peso de esa responsabilidad era cualitativamente diferente a todo lo que había manejado antes.

—Entonces te apoyo en lo que decidas. Pero no vamos al plan B sin agotar el plan A.

—¿Y el plan A implica llamar a Sofía y a Villarreal a esta hora?

—El plan A implica llamarlos ahora mismo.

Zoé asintió con la resignación funcional de quien ha decidido confiar porque no le queda otra opción razonable.

Sofía llegó veinte minutos después con su laptop y expresión de quien viene preparada para lo que sea. Cuando vio a Zoé —normalmente la más alegre del grupo— con los ojos enrojecidos y la postura de alguien que carga demasiado, su mandíbula se tensó sin que dijera nada.

—Muéstreme los mensajes.

Zoé le pasó el teléfono. Sofía los leyó dos veces, fotografió la pantalla con su propia cámara y conectó el teléfono de Zoé a su laptop.

—Voy a rastrear el número. Probablemente es desechable, pero los números desechables dejan rastros si se activan en zonas específicas.

Villarreal llegó doce minutos después de la llamada, con la misma voz alerta al teléfono que en persona. Cuando Lalita le explicó la situación completa —el diario robado, la demanda de cuarenta y ocho horas, la mención explícita de las dos en el último mensaje— se quitó los lentes y los limpió despacio.

—Esto es cualitativamente diferente de sus casos anteriores. Antes investigaban crímenes ya cometidos, con tiempo suficiente para análisis estratégico. Ahora tienen reloj activo, víctima que es parte del equipo, y extorsionadores que investigaron a las investigadoras antes de actuar. Eso no es robo oportunista.

—Por eso propongo infiltración rápida —dijo Lalita—. Me mudo temporalmente a la residencia, finjo ser víctima también para atraer el contacto de los extorsionadores desde adentro.

—Eso te pone en riesgo directo —señaló Sofía—, y el último mensaje te menciona a ti específicamente. Entrar a la residencia en esas condiciones es caminar hacia algo que ya espera que llegues.

—¿Entonces cuál es la alternativa? ¿Que Zoé pague y esperemos que no haya una segunda demanda?

—La alternativa es reconocer que llamar a la policía también tiene su costo —dijo Villarreal—: las denuncias formales son registro público, y la información del diario podría filtrarse durante una investigación oficial antes de que tengamos control sobre el proceso.

Estaban en un círculo sin salida limpia. Cada opción cargaba un riesgo que ninguna de las otras eliminaba.

Fue Zoé quien cortó el nudo.

—Quiero que investiguen. Pero con una condición que no es negociable: si en treinta y seis horas no tienen una pista sólida sobre quién tiene ese diario, pago. No voy a arriesgar a mi familia ni a Lalita por principio.

—Zoé...

—Treinta y seis horas, Lali. Me guardo doce de margen.

Villarreal asintió.

—Es razonable. Le da tiempo real y establece un punto de parada antes de que la situación escale.

—Está bien —aceptó Lalita—. Treinta y seis horas.

Villarreal se puso de pie y coordinó con la eficiencia de quien ha gestionado crisis institucionales durante décadas.

—Señorita Landeros, rastrea ese número y busca cualquier patrón de robos similares en la residencia durante los últimos semestres. Señorita Thompson, mañana a primera hora te mudas con una historia preparada; consigo la habitación mediante mis contactos en administración universitaria antes de las siete. Yo gestionaré acceso a los registros administrativos de la residencia sin levantar alertas en los canales oficiales.

—¿Y yo? —preguntó Zoé.

—Usted actúa completamente normal. Va a sus clases, mantiene su rutina, no altera nada de su comportamiento visible. Si la están monitoreando activamente, no pueden saber que hay una investigación en marcha.

Sofía empacó su laptop y se detuvo en la puerta.

—Una cosa más. Si en algún momento sienten que la situación está escalando hacia algo físicamente peligroso, me llaman antes de tomar cualquier decisión. No después.

—De acuerdo —dijo Lalita.

—No te estoy preguntando a ti. Te lo estoy diciendo.

Era la versión de Sofía de preocupación genuina, y Lalita lo reconoció como tal.

Cuando Villarreal y Sofía se fueron era pasada la una de la mañana. Lalita y Zoé se quedaron solas en el cuarto con el silencio específico de

dos personas que tienen demasiadas cosas en la cabeza para llenar el espacio con palabras innecesarias.

—Gracias —dijo Zoé en voz baja, después de un momento—. Sé que no tenías que hacer todo esto esta noche.

—Eres mi mejor amiga. Por supuesto que tenía que hacerlo.

—¿Y si en treinta y seis horas de todas formas no tienes nada concreto?

Lalita no respondió con falsa seguridad, porque Zoé la habría detectado de inmediato y eso habría sido peor que la verdad.

—Entonces te apoyo en lo que decidas. Pero no voy a llegar a eso.

Zoé asintió sin decir nada más. Se recostó de espaldas en su cama mirando el techo, con la ropa puesta todavía, como si quitarse los zapatos fuera un esfuerzo que no valía la pena hacer. Lalita apagó la lámpara grande y dejó encendida solo la pequeña de su mesita de noche.

Esa noche ninguna de las dos durmió bien, aunque ambas lo intentaron. Lalita se despertó dos veces sin razón aparente, revisó su teléfono, no encontró nada nuevo y volvió a cerrar los ojos con la sensación de que algo que ya estaba en movimiento no iba a detenerse solo porque ella necesitara descansar.

Antes de apagar la última luz escribió en su libreta:

"Caso 4. Primera vez que la víctima es alguien a quien quiero. Eso cambia la temperatura de todo. Hay que tener cuidado de que no cambie también el criterio."

En algún lugar de la residencia, alguien tenía el diario de Zoé y esperaba una respuesta que no iba a llegar de la manera que anticipaba.

Capítulo 2

La residencia y sus habitantes olvidados

A las siete de la mañana, Lalita ya estaba frente al edificio de la residencia estudiantil con una maleta pequeña y una historia preparada: problemas con su arrendador actual, necesitaba espacio temporal mientras resolvía una situación legal. Villarreal había usado sus contactos para conseguir la habitación en menos de doce horas, algo que normalmente tomaba semanas de lista de espera y formularios en triplicado.

La residencia era un edificio de seis pisos con fachada que alguna vez había sido blanca y ahora era gris institucional, del color específico que adquieren las paredes cuando nadie ha decidido repintarlas pero tampoco ha habido razón urgente para hacerlo. Jardines que necesitaban mantenimiento, cámaras de seguridad en las esquinas que probablemente llevaban meses sin grabar nada, una puerta principal con sensor que funcionaba en días alternos.

Isaac Moreno, el administrador, la recibió en su oficina del primer piso. Tenía treinta y tantos años, camisa de vestir con las mangas dobladas hasta el codo y la expresión de quien considera su trabajo como algo temporal hasta que encuentre algo mejor, excepto que ese "temporalmente" llevaba probablemente una década instalado sin intención visible de moverse.

—Señorita Thompson, su solicitud fue... inusualmente expedita —dijo revisando la pantalla de su computadora sin levantar completamente la vista.

—Tengo contactos en la administración central —respondió Lalita con tono neutro—. Espero que eso no sea problema.

—No, para nada. Solo que normalmente hay lista de espera de al menos un mes.

—Entiendo que tuve suerte con el momento.

Isaac le entregó llave y contrato temporal sin mayor comentario.

—Habitación 402. Cuarto piso. Baño compartido con otras tres habitaciones. Reglas básicas: sin ruido después de las once, sin visitas del sexo opuesto después de medianoche, sin mascotas, sin aparatos eléctricos de alto voltaje.

—¿Y la seguridad del edificio? —preguntó Lalita con tono de curiosidad casual—. He escuchado que ha habido robos.

Isaac se tensó de manera apenas perceptible pero suficientemente real: elevación leve de hombros, mandíbula que se apretó un segundo antes de responder.

—Ocasionalmente los estudiantes extravían cosas y asumen que fueron robadas. No tenemos problema de seguridad real. La residencia es segura.

—¿Y el personal de limpieza es de confianza?

—Personal de confianza que lleva años trabajando aquí —respondió con una fluidez que sugería que la respuesta estaba preparada de antemano.

La defensividad era interesante. Demasiado específica para ser casual. Lalita anotó mentalmente la reacción y no presionó más.

Isaac la acompañó al cuarto piso. Los pasillos olían a producto de limpieza industrial mezclado con comida recalentada en microondas y el residuo específico de muchas personas viviendo en espacio reducido. Puertas numeradas, algunas con decoraciones personales —pósters, pizarras con mensajes, fotografías—, otras completamente anónimas como si sus ocupantes hubieran decidido no dejar ninguna marca visible de que estuvieron ahí.

La habitación 402 era pequeña pero funcional: cama individual, escritorio, silla, clóset estrecho, ventana con vista al estacionamiento. El

tipo de espacio que dice claramente que su propósito es que alguien duerma y estudie, no que viva.

Cuando Isaac se fue, Lalita cerró la puerta y examinó la cerradura. Era un modelo estándar con varios años de uso, del tipo que cualquier persona con conocimientos básicos podría forzar sin dejar rastro visible, o simplemente abrir con una llave maestra. Desempacó con estrategia: dejó objetos visibles que parecían personales pero no contenían información real. En el cajón del escritorio escondió el diario falso que había preparado esa madrugada con Sofía: primeras páginas con escritura inventada pero creíble, preocupaciones académicas ficticias, tensión familiar construida, ansiedad sobre el futuro con suficiente detalle para parecer auténtica pero suficientemente vaga para no dar munición real si alguien la leía.

También instaló discretamente una pequeña cámara del tamaño de un botón en la esquina superior del clóset, apuntando hacia la puerta de entrada. Sofía se la había prestado esa mañana con instrucciones precisas de cómo acceder a la grabación desde el teléfono.

Con la habitación preparada, era momento de observar.

Durante el resto de la mañana, Lalita mapeó la residencia con la metodología que había aprendido en tres casos anteriores: primero los patrones de movimiento, luego los horarios, después las personas. El personal de limpieza era pequeño: cuatro mujeres en turnos rotativos. Carmela Vega era la supervisora, una mujer de aproximadamente cuarenta y cinco años con expresión perpetuamente cansada y manos curtidas por años de trabajo físico. Las otras tres —Rosario, Patricia y Alejandra— eran más jóvenes pero igualmente agotadas, con esa eficiencia mecánica de quien ha repetido los mismos movimientos tantas veces que ya no requieren pensamiento consciente.

Lo que más impactó a Lalita fue la invisibilidad. Los estudiantes pasaban junto a ellas sin reconocer su presencia, continuaban conversaciones como si las trabajadoras fueran parte del mobiliario, dejaban desastres en los baños compartidos sin ninguna consideración de quién tendría que limpiarlos. Una escena en particular se quedó grabada: un estudiante de segundo año tiró una envoltura de comida directamente al piso del pasillo recién trapeado mientras Rosario estaba a tres metros de distancia. Cuando ella recogió la basura sin decir nada, el estudiante ni siquiera volvió la cabeza.

Carmela notó que Lalita observaba. Se acercó con expresión cautelosa.

—¿Necesitas algo?

—No, disculpa. Es mi primer día y me estaba familiarizando con el edificio.

—Tú eres la que entró con solicitud urgente, ¿verdad?

—Sí. Problemas con mi arrendador anterior.

Carmela asintió sin mucho interés y dio media vuelta. Lalita la detuvo con una pregunta calculada:

—¿Es seguro aquí? He escuchado historias sobre robos.

La reacción de Carmela fue casi idéntica a la de Isaac: tensión breve, respuesta preparada.

—La residencia es segura. Solo mantén tu puerta cerrada y no dejes cosas de valor a la vista. Sentido común.

Cuando se alejó, Lalita tenía ya dos reacciones defensivas ante la misma pregunta, en menos de dos horas. Eso no era coincidencia.

A mediodía comió en el comedor común del primer piso para seguir observando. Era un espacio abierto con mesas comunales, televisión encendida con volumen bajo y refrigeradores compartidos que nadie limpiaba con suficiente frecuencia. Había unos veinte estudiantes dispersos: algunos comiendo mientras estudiaban, otros en grupos sociales, algunos simplemente mirando sus teléfonos con la concentración específica de quien evita el contacto visual.

Lalita eligió mesa cerca de un grupo de tres estudiantes que parecían residentes veteranos —dos chicas y un chico con la familiaridad de quien lleva semestres compartiendo espacio y ya no necesita llenar los silencios.

—...y yo le dije que si volvía a dejar el baño así, yo misma iba a reportarlo con Isaac —decía una de las chicas.

—Como si Isaac hiciera algo —respondió el chico—. Ese tipo solo está aquí para cobrar cheque. Nunca resuelve nada real.

—¿Ustedes llevan mucho viviendo aquí? —preguntó Lalita con tono casual.

Los tres la miraron.

—Dos años —respondió una de las chicas—. ¿Tú eres nueva?

—Llegué hoy. Temporal mientras resuelvo una situación con mi arrendador.

—Bienvenida al paraíso —dijo el chico con sarcasmo tranquilo—. Regla número uno: no esperes que nada funcione a la primera. Regla número dos: el personal de limpieza es lo único realmente confiable de este edificio. Trátales bien.

—¿Han tenido problemas con robos? —preguntó Lalita—. Objetos que desaparezcan.

Los tres intercambiaron una mirada breve que duró menos de un segundo pero que Lalita registró con claridad.

—Define robos —dijo finalmente la otra chica.

—Cosas que desaparecen de tu habitación cuando no estás.

—Ah. Sí. Pasa de vez en cuando. Pero nunca prueban nada. Isaac siempre dice que probablemente los extraviarnos nosotros mismos.

—¿A ustedes les ha pasado?

La primera chica vaciló un momento antes de responder.

—A mí, hace como seis meses. Desapareció mi diario de terapia. Lo usaba para ejercicios que mi psicóloga me había asignado, nada extraordinario. Nunca lo encontré.

—¿Reportaste?

—Sí. Isaac dijo exactamente lo mismo que siempre: que probablemente lo había llevado a algún lado y olvidado. Pero yo sé que no. Estaba en mi escritorio cuando salí. Cuando regresé, no estaba.

—¿Y qué hiciste después?

Una pausa más larga.

—Nada. Eventualmente dejé de buscarlo.

Su lenguaje corporal —hombros que se cerraron ligeramente, mirada que se desvió hacia la mesa— sugería que había más historia detrás de ese "nada". Lalita no presionó. Ya tenía suficiente confirmación: esto no era el caso aislado de Zoé. Era un patrón que se repetía con suficiente regularidad para que los residentes lo conocieran y hubieran aprendido a no hablar de él en voz alta.

Esa tarde se encontró con Sofía en la cafetería del campus, lejos de la residencia.

—¿Qué encontraste sobre el número? —preguntó Lalita en cuanto se sentaron.

Sofía abrió su laptop.

—Teléfono desechable comprado en tienda de conveniencia con efectivo hace dos semanas. Sin registro de identidad. Pero rastree actividad por torres de celular: el teléfono estuvo activo principalmente en dos ubicaciones. Una es el campus de la UNVA. La otra es una colonia de clase trabajadora al norte de la ciudad.

—¿Qué hay en esa colonia?

—Vivienda popular, principalmente. También tres casas de empeño, dos prestamistas informales y reportes policiales de actividad irregular. No es zona de criminalidad organizada seria, pero tampoco es zona donde la gente resuelve sus problemas llamando al número de emergencias.

—Esto no es extorsión estudiantil oportunista —dijo Lalita.

—No. Y hay más. Busqué en los registros de la residencia que Villarreal consiguió esta mañana: en los últimos dos años hubo trece reportes formales de objetos personales extraviados, todos archivados sin investigación real. Pero cuando crucé las fechas con actividad financiera visible en redes sociales, al menos cinco de esos estudiantes tuvieron

crisis económicas en las semanas siguientes: retiros grandes en cajeros, solicitudes de préstamos de emergencia, uno abandonó el semestre completo.

—Estaban pagando extorsiones y no lo reportaron.

—Probable. Y si trece se atrevieron a reportar el robo como tal, cuántos más pagaron directamente sin decir nada a nadie.

Lalita procesó el panorama. Esto era mucho más sistemático de lo que habían anticipado la noche anterior.

—¿Cómo saben tan rápido que Zoé me involucraría? —preguntó—. El mensaje llegó antes de que ella llegara a mi cuarto. Alguien monitorea las relaciones entre los estudiantes que extorsionan antes de actuar, no solo después.

—O alguien dentro de la residencia conocía la conexión entre ustedes dos con anticipación suficiente para incluirte en la amenaza desde el primer mensaje. Lo cual reduce el círculo de sospechosos a quienes tienen acceso tanto a la información de los estudiantes como a sus redes sociales cercanas.

—Isaac o Carmela —dijo Lalita.

—O los dos.

Se quedaron en silencio un momento con esa posibilidad sobre la mesa. Si era Isaac, era un administrador que archivaba reportes a propósito para proteger la operación. Si era Carmela, era la mujer de quince años en el edificio a quien los propios estudiantes consideraban lo más confiable de la residencia. Cualquiera de las dos opciones tenía su propio peso.

Esa noche, de regreso en la habitación 402, Lalita revisó la cámara oculta desde su teléfono. Nadie había entrado. Pero era solo el primer día, y el anzuelo todavía no había tenido tiempo suficiente de llamar la atención de quien correspondía.

Le escribió a Zoé:

"Confirmé que esto es patrón sistemático. Al menos trece casos similares en dos años, probablemente muchos más no reportados. Seguimos."

Respuesta llegó en segundos:

"¿Tiempo restante?"

Lalita miró el reloj. Casi veinticuatro horas desde que empezaron.

"Quedan doce horas aproximadamente. Voy a encontrarlos."

"Confío en ti. Pero estoy preparando el dinero por si acaso."

"No lo necesitarás."

Abrió su libreta y escribió:

"Hora 24 de 36. Dos reacciones defensivas idénticas ante la misma pregunta: Isaac y Carmela. Patrón sistemático confirmado con al menos trece víctimas anteriores. La pregunta ya no es si existe una red de extorsión sino quién la opera, hasta dónde llega, y por qué los dos primeros sospechosos reaccionaron con exactamente el mismo guión."

Cerró la libreta con la certeza incómoda de que al día siguiente iba a necesitar respuestas concretas, y de que el diario falso en el cajón del escritorio era por ahora la única herramienta real que tenía para obtenerlas.

Capítulo 3

El anzuelo y la intermediaria

Lalita despertó a las seis de la mañana con una notificación en el teléfono: movimiento detectado en su habitación durante la noche. Revisó la grabación de la cámara oculta con el corazón acelerado.

3:47 AM. La puerta se abría sin ruido. Una figura entraba —imposible identificar en la oscuridad y el ángulo de la cámara, pero con movimientos que evidenciaban familiaridad completa con el espacio. Fue directamente al escritorio, abrió el cajón, tomó el diario falso. Treinta segundos dentro de la habitación, luego salió cerrando la puerta con el mismo silencio con que había entrado.

Lalita reprodujo el video cinco veces buscando detalles: altura aproximada de 1.65 metros, constitución delgada, guantes oscuros, movimientos que no eran los de alguien que entra por primera vez sino los de alguien que ya sabe exactamente dónde está todo.

Envío el video a Sofía con mensaje urgente: *"Mordieron el anzuelo. Analiza esto."*

La respuesta llegó quince minutos después: *"Por los movimientos y la familiaridad con el diseño del cuarto, apuesto a personal de limpieza. Espera a ver si te contactan."*

No tuvo que esperar mucho. A las nueve de la mañana, mientras fingía estudiar en la biblioteca, su teléfono recibió mensaje de número desconocido —diferente al que había contactado a Zoé:

"Encontramos algo interesante. Un diario muy... revelador."

Lalita esperó cinco minutos estratégicos antes de responder: *"¿Quién es este?"*

"Alguien que puede devolverte algo privado. Por un precio razonable."

"No sé de qué hablas."

"Tu diario. Con detalles sobre tu relación con el profesor Navarro. Sería problemático si eso llegara a oídos incorrectos."

El profesor Navarro era invención completa suya, mencionado en el diario falso como "N." con implicaciones románticas vagas pero suficientemente comprometedoras para parecer valioso como chantaje.

"¿Cuánto?"

"2,000 pesos. Efectivo. Instrucciones próximamente."

"¿Cómo sé que realmente lo tienen?"

La respuesta llegó con fotografía: una página específica del diario falso, claramente reconocible. Lo habían leído completo y evaluado su valor de extorsión con cuidado.

Lalita sintió mezcla de satisfacción —el plan funcionaba— y náusea al imaginar que eso era exactamente lo que habían hecho con el diario real de Zoé.

"Está bien. ¿Cuándo?"

"Esta noche. 8 PM. Instrucciones a las 7."

Reportó inmediatamente al equipo. Reunión de emergencia en la oficina del Proyecto Garza veinte minutos después.

—Tenemos ventana —dijo Villarreal—. Cuando den instrucciones de entrega, podemos rastrear quién recoge el dinero.

—Ya tengo plan para eso —dijo Sofía sacando un dispositivo del tamaño de una moneda—. Rastreador GPS. Lo ponemos entre los billetes. Cuando recojan el dinero, podemos seguirlos.

—¿Y si revisan el efectivo cuidadosamente? —preguntó Zoé, que había insistido en estar presente a pesar de las objeciones de Lalita.

—El rastreador está diseñado para parecer parte del paquete —respondió Sofía—. Y gente que opera así generalmente no es paranoica con tecnología. Confían en el anonimato del número desechable.

A las siete en punto llegaron las instrucciones:

"Casillero 247, biblioteca del campus. Deja el efectivo en sobre manila. Llave del casillero en la maceta de la entrada principal, lado izquierdo. Hazlo a las 8 PM exactas. Sola. Tu diario estará en el casillero al día siguiente si cooperas."

—Sistema inteligente —observó Sofía—. Nunca hay contacto directo. La víctima deja el dinero, ellos lo recogen cuando consideran que es seguro, luego devuelven el documento. Minimiza el riesgo de confrontación.

—¿Y realmente devuelven? —preguntó Zoé.

—Probablemente sí —dijo Villarreal—. Si no lo hicieran, las víctimas eventualmente reportarían al darse cuenta de que pagar no resuelve nada. El sistema funciona precisamente porque mantienen su palabra. Te devuelven el documento, pero conservan copias como seguro permanente.

—Entonces nunca estás realmente libre —murmuró Zoé.

—Exacto. Por eso nunca hay que pagar.

A las ocho en punto, Lalita llegó a la biblioteca con sobre manila que contenía 2,000 pesos reales y el rastreador GPS de Sofía escondido entre los billetes. La llave estaba exactamente donde habían dicho. Abrió el casillero, dejó el sobre, cerró, devolvió la llave a la maceta. Todo tomó menos de dos minutos, y ningún bibliotecario prestó la menor atención.

Se alejó caminando con normalidad y se encontró con Sofía en el estacionamiento, donde esperaba con la laptop abierta mostrando un mapa con punto parpadeante.

—Rastreador activo. Ahora esperamos.

Pasaron treinta minutos. Luego cuarenta y cinco. El punto GPS no se movía. Quien recogería el dinero estaba siendo cauteloso, esperando a que el área quedara suficientemente vacía.

A las nueve y cuarto, el punto se movió hacia el norte del campus. Sofía arrancó el auto y siguieron la señal discretamente hasta una zona residencial estudiantil cercana, luego hasta un edificio de apartamentos modestos donde el punto se detuvo en el tercer piso.

Estacionaron observando. Veinte minutos después salió una joven del edificio: aproximadamente veinte años, cabello castaño recogido, mochila al hombro, caminando con prisa hacia la parada de autobús. Sofía la fotografió con teleobjetivo.

—¿La reconoces? —preguntó.

—Creo que sí —dijo Lalita entrecerrando los ojos—. La he visto en la residencia. Pensé que era amiga de algún residente.

La siguieron a distancia mientras tomaba el autobús de regreso al campus y entraba a la biblioteca por la puerta lateral.

—Es empleada de la biblioteca —confirmó Sofía desde su laptop—. Alejandra Domínguez. Cuarto año de administración. Trabaja medio tiempo aquí desde hace dos años.

—Tiene acceso a los casilleros. Probablemente también a las llaves maestras.

—Y al ser estudiante, es el puente perfecto entre el personal de limpieza y las víctimas. Menos sospechosa que personal externo, más accesible que criminales organizados.

Decidieron no confrontarla esa noche. Necesitaban más contexto primero.

Al día siguiente, Lalita construyó el perfil de Alejandra con la misma metodología sistemática de casos anteriores: conversaciones casuales con compañeros de trabajo en la biblioteca, revisión de redes sociales con la ayuda técnica de Sofía, cruce de información pública con lo que Alejandra había dicho. Lo que encontró fue complicado de una manera

específica: no era la historia de alguien que eligió el camino fácil por comodidad, sino la de alguien que había llegado a un punto donde todas las opciones disponibles eran malas y tuvo que elegir entre ellas.

Alejandra era becaria completa, hija de una familia de clase trabajadora, con un padre que padecía diabetes avanzada cuyos medicamentos costaban ocho mil pesos mensuales que el seguro popular no cubría. Su madre limpiaba casas. Alejandra trabajaba en la biblioteca, daba tutorías los fines de semana y hacía diseño gráfico freelance cuando conseguía contratos. La suma de todo eso nunca alcanzaba del todo. Sus redes sociales —configuración de privacidad que Sofía había revisado con remordimiento ético mínimo— mostraban posts ocasionales sobre estrés financiero y preocupación por su familia, escritos con la contención de alguien que se permite decir solo una parte de lo que piensa en público.

No era imagen de criminal por vocación. Era imagen de persona que había llegado al límite de lo que podía sostener y había aceptado la primera salida que se presentó sin pensar demasiado en hacia dónde llevaba.

Esa tarde Lalita la interceptó al salir de su turno.

—Alejandra Domínguez. Creo que tienes algo que me pertenece.

La joven se detuvo con alerta inmediata.

—No sé de qué hablas.

Lalita le mostró la foto tomada la noche anterior: Alejandra saliendo del edificio de apartamentos.

—Apartamento 3-B. Donde guardas el dinero. Te seguimos después de que recogieras mi pago.

Alejandra miró alrededor buscando salida o testigos. Encontró a Sofía a tres metros, bloqueando casualmente la dirección de la biblioteca.

—Tienes dos opciones —dijo Lalita—: hablamos aquí o vamos a un lugar privado donde puedas explicarte antes de que esto llegue a autoridades.

Alejandra cerró los ojos.

—Lugar privado.

La llevaron a la oficina del Proyecto Garza. Cuando Alejandra vio el escenario —Villarreal, las dos investigadoras, evidencia documentada sobre la mesa— entendió que no había salida disponible.

Habló durante casi una hora. Cómo Carmela le había ofrecido "trabajo extra" hace año y medio con la naturalidad de quien propone algo que no requiere mucha explicación. Cómo inicialmente Alejandra había pensado que era devolver objetos perdidos por una propina razonable, que eso era perfectamente aceptable, que no había nada malo en eso. Cómo fue dándose cuenta, paso a paso y sin un momento exacto en que pudiera haber dicho que no, de que los objetos no se perdían: se

tomaban deliberadamente, con criterio, evaluando qué habitación y qué estudiante ofrecía más posibilidades.

—Carmela y las otras trabajadoras encuentran los documentos durante la limpieza. A veces por accidente, a veces buscando de manera activa. Diarios, cartas, fotografías, recetas médicas, cualquier cosa que parezca comprometedor o privada. Me los traen, yo leo para evaluar qué tan útiles son y a quién vale la pena contactar, luego hago la comunicación inicial con la víctima.

—¿Tu porcentaje? —preguntó Sofía.

—Treinta por ciento. El resto al personal de limpieza, distribuido entre todas las que participan.

—¿Y cuántas víctimas en total? —preguntó Villarreal.

—En año y medio... treinta y dos. Algunas pagaron sin problema. Otras no. A las que no pagaron les devolvimos sus documentos sin consecuencias adicionales, porque la amenaza solo funciona si la gente cree que será discreta. No somos monstruos —repitió, como si la repetición le diera más peso.

—Solo extorsionadores con principios —dijo Sofía con la sequedad de quien ha perdido la paciencia con los matices.

Alejandra la miró un segundo sin responder, y Lalita reconoció en ese silencio la respuesta de alguien que sabe que no tiene defensa real disponible.

—¿Isaac sabía? —preguntó Lalita.

—Sabe. Recibe cinco mil pesos mensuales por ignorar los reportes de robo y no investigar nada. No participa directamente pero su cooperación es parte del sistema.

—¿Y hay conexiones externas? —presionó Villarreal.

Alejandra vaciló un momento antes de responder, y esa vacilación dijo que lo siguiente era lo más delicado de todo lo que había dicho.

—Cuando las víctimas no pueden pagar de inmediato, Carmela las conecta con un prestamista. Alguien externo que les presta el dinero con veinte por ciento mensual de interés. Yo no conozco su nombre ni sus datos. Carmela maneja ese contacto directamente, sin intermediarios.

Era peor de lo que habían pensado: no solo extorsionaban con información robada, sino que atrapaban a las víctimas en un ciclo de deuda con un agiotista que probablemente cobraba de maneras que no tenían nada de discretas.

Villarreal procesó todo en silencio durante un momento.

Al final, Alejandra acordó testificar a cambio de consecuencias académicas pero no criminales. Su única condición fue directa y reveladora:

—Quiero que investiguen los salarios del personal de limpieza de esta universidad. Porque si Carmela hubiera ganado un sueldo digno desde el principio, nunca habría llegado a esto. Y yo tampoco.

—Acepto esa condición —dijo Villarreal sin dudar.

Tres horas después tenían el testimonio completo grabado, la lista de treinta y dos víctimas, y la dirección del apartamento donde Alejandra guardaba todo. El diario de Zoé estaba ahí, junto con treinta documentos personales de otras personas: cada uno, una historia de violación de privacidad y miedo que nadie había podido contar en voz alta.

Cuando Zoé sostuvo su diario de nuevo, con manos que apenas controlaba, no lloró de alivio. Lloró de rabia acumulada durante días.

—Alguien leyó esto. Todas mis cosas más privadas. Las leyó y las evaluó como si fueran mercancía, y luego las usó para lastimarme.

Lalita la abrazó sin decir nada, porque no había palabras que repararan esa clase de violación. Recuperar el diario no borraba que había estado en manos de alguien más. No borraba que alguien había leído lo que Zoé había escrito en los momentos más vulnerables de los últimos dos años y había decidido cuánto valía.

Solo había lo que venía después.

Y lo que venía después iba a ser más complicado de lo que cualquiera de las dos había anticipado.

Capítulo 4

Entre la necesidad y el crimen

Con el testimonio de Alejandra y el diario de Zoé recuperado, lo lógico habría sido ir directamente a las autoridades universitarias, exponer todo y dejar que la justicia institucional siguiera su curso. Pero Lalita necesitaba entender algo primero: quién era realmente Carmela Vega.

Durante dos días la investigó de manera exhaustiva, no como criminal sino como persona.

Carmela tenía cuarenta y cinco años. Había trabajado en la UNVA desde que tenía treinta —quince años limpiando habitaciones de estudiantes cuyos padres ganaban en un mes lo que ella ganaba en un año. Tenía dos hijos: Marco, de dieciséis años, y Laura, de catorce. Ambos en secundaria pública, ambos con calificaciones excelentes a pesar de vivir en un departamento de dos habitaciones en colonia popular al norte de la ciudad.

Su esposo las había abandonado cuatro años atrás. Sin pensión alimenticia, sin contacto, simplemente desapareció. Carmela había criado sola a sus hijos con salario de 4,200 pesos mensuales más propinas ocasionales. Renta: 2,500. Servicios: 800. Transporte: 400. Comida: lo que quedara, que nunca era suficiente del todo.

Sofía había revisado las cuentas bancarias de Carmela con el remordimiento ético mínimo que caracterizaba sus incursiones en territorio gris. Los depósitos de extorsión eran obvios: cantidades irregulares cada dos o tres semanas, siempre en efectivo. Pero lo que más impactó fue ver a dónde iba ese dinero: colegiatura de la secundaria de sus hijos, útiles escolares, medicamentos, uniformes, y ocasionalmente comida de restaurante que probablemente representaba un lujo extraordinario para ellos.

No había viajes. No había ropa de marca. No había ningún gasto que pudiera llamarse caprichoso.

Solo supervivencia ligeramente menos desesperada.

—Esto me enferma —dijo Sofía revisando los registros—. Porque la entiendo. Y no debería entenderla.

—Entender no es justificar —respondió Villarreal—. Pero tampoco podemos ignorar el contexto. Esta universidad cobra doscientos mil pesos anuales de colegiatura y paga a su personal de limpieza salario mínimo. Esa desigualdad estructural crea las condiciones para este tipo de crímenes.

—¿Entonces la universidad también es culpable?

—La universidad es cómplice estructural. Carmela es responsable individual. Las dos cosas pueden ser verdad al mismo tiempo.

Lalita cerró su laptop.

—Necesito hablar con ella antes de que la expongan oficialmente. Necesito escuchar su versión directamente.

—Eso es arriesgado —advirtió Sofía—. Si le avisas que la descubrimos, podría huir. O advertir al prestamista externo, que es el verdadero peligro aquí.

—No voy a avisarle. Voy a entenderla.

—¿Por qué importa entenderla?

—Porque si vamos a dismantelar este sistema, necesito saber si Carmela es una criminal incorregible o una persona desesperada que tomó el camino equivocado. Eso determina cómo manejamos las consecuencias.

Villarreal asintió.

—Voy con usted. Pero mantenemos distancia segura y tengo a Seguridad del campus en marcado rápido.

Encontraron a Carmela al final de su turno, saliendo de la residencia a las seis de la tarde. Lalita se acercó sola mientras Villarreal esperaba discretamente a veinte metros.

—Carmela, ¿puedo hablar contigo un momento?

La mujer la reconoció como residente nueva.

—¿Pasa algo con tu habitación?

—No es sobre eso. Es sobre el trabajo extra que haces. El que no aparece en nómina oficial.

El rostro de Carmela se endureció de inmediato. Miró alrededor evaluando amenazas y testigos.

—No sé de qué hablas.

—Hablo de documentos personales que encuentras en habitaciones. Diarios, cartas, fotos. Cosas que usas para extorsionar a estudiantes.

Carmela dio un paso atrás.

—¿Quién eres?

—Alguien que puede exponerte o escucharte. Tú eliges cuál prefieres.

Hubo un momento de tensión donde Lalita no supo si Carmela correría, gritaría o simplemente se negaría a decir nada más. En cambio, suspiró con un cansancio que parecía acumulado de décadas.

—¿Dónde quieres hablar?

En el café de la esquina, sentadas en mesa del fondo con bebidas que ninguna tocó, Carmela habló con la honestidad brutal de quien ya no tiene nada que perder y ha decidido que cargar el peso solo es más agotador que soltarlo.

—Empezó hace tres años. Encontré un diario de estudiante mientras limpiaba, tirado cerca de la basura. Pensé que ya no lo quería, pero lo devolví por si acaso y me dio quinientos pesos de propina. Quinientos pesos. ¿Sabes cuánto es eso para mí?

—Casi dos semanas de comida.

—Exacto. Y pensé: ¿qué pasaría si encontrara cosas que no estuvieran en la basura? Cosas que definitivamente querrían de vuelta. Cosas por las que pagarían más.

—Y lo hiciste.

—Lo hice. La primera vez fue accidente genuino. La segunda fue curiosidad. La tercera fue deliberada. Después de eso se volvió rutina, y con la rutina vinieron las otras: primero Rosario, luego Patricia, luego Alejandra. Cada una con sus propias razones. Cada una con sus propias cuentas que no alcanzaban.

—¿Y nunca pensaste que lastimabas gente?

Carmela la miró con ojos cansados que no pedían comprensión sino que simplemente constataban una verdad que había aprendido a sostener sin que la aplastara del todo.

—Claro que pensé. Cada vez. Pero también pensaba en Marco necesitando zapatos nuevos porque los viejos tenían agujeros. En Laura necesitando anteojos porque no veía el pizarrón desde el fondo del

salón. En mí necesitando pagar la renta o terminar en la calle con dos adolescentes y ninguna opción visible.

—Eso no justifica extorsión.

—No lo justifica. Pero lo explica.

Lalita tomó su café usando el gesto para ordenar lo que pensaba y lo que sentía, que eran cosas distintas frente a Carmela.

—¿Cuánto has ganado en total?

—En tres años... quizás ciento ochenta mil pesos. Suena mucho. Pero dividido entre treinta y seis meses son cinco mil al mes. Sumado a mi salario oficial son nueve mil doscientos mensuales en total. Todavía menos de lo que un profesor asistente gana en una semana, en la misma institución, bajo el mismo techo.

Era cierto, y esa verdad tenía una incomodidad específica que no desaparecía con solo nombrarla.

—¿El prestamista? ¿Quién es?

Carmela vaciló por primera vez desde que había empezado a hablar.

—Alguien que es mejor no conocer.

—Ya lo conocerás cuando esto llegue a autoridades. Mejor que me lo digas tú ahora.

—Si te digo, me mata. Literalmente.

El miedo en su voz era genuino y tenía la textura específica de algo vivido, no imaginado.

—¿Tan peligroso es?

—Opera en cinco colonias. Presta dinero a quien lo necesita, cobra intereses que duplican la deuda en seis meses, y cuando no pueden pagar hace ejemplo de ellos. Yo solo le refiero clientes ocasionalmente y él me da una comisión pequeña. Pero si descubre que lo mencioné a autoridades...

No terminó la frase.

—¿Su nombre?

Carmela cerró los ojos.

—Jorge Maldonado. Le dicen "El Contador" porque lleva registro meticuloso de cada peso que le deben. Opera desde un taller mecánico en Colonia Morelos. Pero por favor, si vas tras él, no menciones mi nombre. Tengo hijos.

Era la primera vez que Carmela mostraba vulnerabilidad real: no por ella misma sino por sus hijos. Lalita lo registró.

—¿Qué pensabas que pasaría eventualmente?

—Pensaba hacerlo hasta que mis hijos terminaran la secundaria. Otros tres años. Luego renunciar, empezar en otro lado donde nadie supiera y dejar todo esto atrás.

—Pero una de tus víctimas tuvo que dejar la universidad. Su familia no pudo seguir pagando la colegiatura después de la extorsión.

—Lo sé. —Su voz se quebró levemente—. Vivo con esa culpa todos los días.

—Pero lo seguiste haciendo.

—Porque mis hijos necesitaban comer más de lo que yo necesitaba absolución moral.

Era una lógica retorcida, comprensible en su horror, y Lalita no tenía una respuesta simple para ella.

—Tengo suficiente evidencia para destruirte legalmente —dijo Lalita finalmente, después de un silencio que ninguna de las dos intentó llenar—. Pero antes de hacerlo: si tuvieras oportunidad de reparar el daño sin ir a prisión, ¿lo harías?

Carmela la miró con mezcla de esperanza y sospecha, como alguien que ha aprendido que las ofertas inesperadas generalmente cuestan más de lo que anuncian.

—¿Qué tipo de oportunidad?

—Devolver todo el dinero en pagos, a lo largo del tiempo que necesites. Renunciar a tu trabajo aquí. Testificar contra Maldonado con protección. Y aceptar que tus hijos sepan la verdad de lo que hiciste, porque eso es parte del precio real.

—Todo excepto lo último. No puedo que me vean como criminal.

—Entonces quieres absolución sin consecuencia personal. Eso no existe, Carmela. En ninguna versión de esto.

Carmela lloró en silencio durante un momento, con la discreción específica de alguien que ha aprendido a llorar sin que nadie a su alrededor lo note demasiado. Luego asintió.

—Acepto. Con una condición: que investiguen los salarios del personal de limpieza de esta universidad y lo hagan público. Que la gente sepa cuánto paga esta institución a la gente que limpia los baños de los estudiantes que llegan en autos de quinientos mil pesos. Porque si no cambian eso, alguien más hará exactamente lo que yo hice. El sistema crea esto, y nadie está mirando el sistema.

Era exactamente lo que Alejandra había pedido también, con las mismas palabras casi, y esa coincidencia decía algo sobre dónde estaba el problema real.

—Acepto esa condición —dijo Lalita.

De regreso con el equipo, mientras reportaba la conversación, el teléfono vibró con mensaje de número desconocido:

"Sé que tienes el diario de tu amiga. Sé que hablaste con Alejandra y con Carmela. Eres más inteligente de lo que pensé. Pero también más ingenua. Déjalo aquí o las consecuencias serán permanentes. — J.M."

Maldonado sabía todo. Y la amenazaba directamente.

Mostró el mensaje al equipo. El silencio que siguió fue de los que no necesitan comentario.

Antes de que alguien pudiera hablar, llegó el segundo mensaje:

"Tienes 24 horas para entregar todo: testimonios, evidencia, documentos. Lugar y hora te los envió mañana. Vienes sola. Si involucras policía, tu amiga Zoé paga primero. Luego tú."

—No vas a ir —dijo Zoé con la voz tensa de quien ya sabe que va a perder el argumento pero lo va a dar de todas formas.

—No tengo opción.

—¡Claro que tienes opción! Vamos a la policía ahora.

—Si Maldonado tiene contactos en la policía local, nos mata antes de que podamos testificar. Carmela dijo que lleva años operando en cinco colonias. Esa longevidad no se sostiene sin protección.

—Entonces usamos fiscalía anticorrupción —dijo Villarreal—. Tengo contacto directo. Podemos escalar esto sin pasar por canales comprometidos.

—Y si lo escalamos antes de la reunión, Maldonado sabrá. Cumplirá su amenaza contra Zoé mientras nosotros estamos ocupados coordinando con fiscalía.

Villarreal la miró con la seriedad específica de quien está a punto de decir algo que sabe que no quieren escuchar pero que tiene la obligación de decir.

—Señorita Thompson, esto está completamente fuera del alcance del Proyecto Garza. Fuimos creados para investigar irregularidades académicas, no para enfrentar a criminales que operan con violencia organizada. Si va sola a ese encuentro, las probabilidades estadísticas no están de su lado de ninguna manera razonable.

—Lo sé —dijo Lalita—. Por eso no voy completamente sola. Sofía me sigue con rastreador GPS activo. Usted tiene fiscalía anticorrupción en marcado rápido. Y Zoé sale del campus hasta que esto termine, sin excepciones.

—No voy a...

—No es negociable, Zoé. Si Maldonado te usa como presión contra mí en el momento en que nos encontremos, pierdo cualquier ventaja que tenga. Y ambas perdemos.

Zoé asintió con los ojos húmedos, porque sabía que tenía razón aunque eso no hiciera la situación ni un grado menos aterradora.

Esa noche Lalita escribió en su libreta:

"Todo empezó con un diario robado. Mañana puede terminar de muchas maneras. Hay que asegurarse de que termine de la correcta."

Cerró la libreta y esperó al amanecer.

Capítulo 5

El administrador cómplice

Antes de enfrentar a Jorge Maldonado, Lalita necesitaba cerrar un cabo suelto: Isaac Moreno. Si el administrador de la residencia llevaba dos años y medio recibiendo pagos mensuales por hacer la vista gorda, era cómplice directo, y potencialmente era quien había alertado a Maldonado sobre la investigación.

A las ocho de la mañana, con dieciséis horas antes del ultimátum, Lalita llegó a la oficina de Isaac con Villarreal. No había tiempo para sutilezas.

Isaac estaba tomando café y revisando correos cuando entraron sin tocar.

—¿Señorita Thompson? ¿Profesor Villarreal? No tenía cita...

—No necesitamos cita —dijo Villarreal cerrando la puerta detrás de ellos—. Necesitamos que explique los depósitos mensuales de cinco mil pesos que recibe de cuenta no rastreable.

El rostro de Isaac pasó de confusión a pánico en dos segundos.

—Yo no... ¿cómo...?

Lalita puso sobre su escritorio las impresiones de sus registros bancarios, conseguidas por Sofía con el remordimiento ético mínimo que la caracterizaba.

—Treinta depósitos en los últimos dos años y medio. Siempre cinco mil pesos. Siempre efectivo depositado en cajero automático. Siempre tres días después de que archivabas un reporte de robo sin investigar.

Isaac miró los documentos sin tocarlos, como si fueran evidencia radioactiva que se pudiera contagiar.

—Esto es invasión de privacidad. No pueden...

—Ya lo hicimos —interrumpió Villarreal—. Y ahora tiene dos opciones: cooperar completamente o enfrentar cargos de complicidad en extorsión organizada. Fiscalía estatal ya está al tanto y solo espera nuestra señal.

Era exageración —fiscalía todavía no estaba formalmente involucrada— pero Isaac no lo sabía, y su expresión dejó claro que tampoco iba a verificarlo.

Se desplomó en su silla.

—Yo solo... necesitaba el dinero. Mi esposa está enferma, los tratamientos no están cubiertos por el seguro...

—Todos tienen razones —cortó Lalita sin suavizar el tono—. Carmela tiene hijos, Alejandra tiene un padre enfermo, usted tiene una esposa enferma. Pero ninguna de esas razones cambia que facilitó un crimen que arruinó la vida de estudiantes reales.

—¡Yo no robé nada! Solo ignoré algunas cosas.

—Lo cual es exactamente la definición de complicidad.

Isaac se pasó las manos por la cara con el gesto específico de quien está calculando cuánto le cuesta cada opción disponible.

—¿Qué quieren de mí?

—Respuestas —dijo Villarreal—. ¿Quién lo contactó originalmente?

—Carmela. Hace dos años. Dijo que si yo archivaba los reportes sin investigar y evitaba instalar cámaras de seguridad adicionales, recibiría compensación mensual.

—¿Y aceptó inmediatamente?

—No. Lo pensé durante semanas. Pero luego mi esposa necesitó una cirugía que el seguro no cubría y... acepté.

—¿Sabía sobre Jorge Maldonado?

Isaac palideció visiblemente con solo escuchar el nombre.

—Escuché el nombre una vez. Carmela lo mencionó como advertencia: si yo alguna vez hablaba sobre el arreglo con alguien, él se encargaría de mí. No pregunté detalles porque no quería saberlos.

—¿Fue usted quien alertó a Maldonado sobre nuestra investigación?

—¡No! Yo no tengo contacto directo con él. Todo pasaba por Carmela.

—Entonces fue ella —dijo Sofía desde la puerta, donde había aparecido silenciosamente en algún momento de la conversación.

—No lo sé con certeza. Tal vez fue Carmela. Tal vez Alejandra. O tal vez Maldonado tiene otras formas de saber lo que pasa dentro del campus que no conocemos todavía.

Era una posibilidad real. Los criminales que operaban durante años en un territorio específico generalmente construían redes de información más amplias de lo que sus víctimas imaginaban.

Villarreal sacó un documento de su portafolio y lo puso sobre el escritorio.

—Esto es su renuncia inmediata con efecto desde hoy. La firma ahora. A cambio, negociamos con la universidad para que enfrente consecuencias administrativas pero no criminales.

—¿Y si no firmo?

—Entonces lo exponemos completamente y dejamos que fiscalía determine su destino. Con sus antecedentes de complicidad y los testimonios que tenemos, calcularía entre tres y cinco años.

Isaac firmó sin más protesta. Cuando salieron de su oficina, Lalita sintió una satisfacción que no era exactamente vacía pero tampoco era satisfacción completa: habían eliminado a un cómplice clave, pero el verdadero problema seguía esperando con su propio ultimátum activo.

A las tres de la tarde llegó el mensaje con instrucciones:

"Bodega abandonada, Calle Industria 847, Colonia Morelos. 8 PM. Sola. Trae toda la evidencia en USB. Si veo refuerzo, si detecto rastreadores, si huelo policía, tu amiga muere primero. No estoy jugando. — J.M."

Sofía revisó la ubicación en mapas satelitales.

—Zona industrial abandonada. Múltiples salidas para él, acceso complicado para refuerzo, cero testigos potenciales. Diseñado exactamente para lo que tiene en mente.

—¿Y si simplemente no voy? —preguntó Zoé.

—Gente como Maldonado no acepta que ignoren su autoridad —dijo Villarreal—. Si no aparece, la busca. Al menos en el encuentro Lalita tiene algún margen de maniobra.

Pasaron las horas siguientes preparando con la precisión que la urgencia permitía. Sofía instaló un rastreador GPS microscópico en el brazalete que Lalita siempre usaba —imposible de detectar sin inspección minuciosa— y le colocó un micrófono oculto en el botón de la chamarra.

—Transmitirá audio a mi laptop. Estaré estacionada a dos cuadras. Si escucho la palabra "comprometido", llamo a fiscalía inmediatamente aunque no estén completamente listos.

—¿Y si no alcanza a escuchar nada? —preguntó Zoé.

—El rastreador GPS es independiente del micrófono. Si deja de moverse de repente, también llamo.

Villarreal dio instrucciones con la seriedad de quien sabe que pueden ser las últimas y quiere que se recuerden con claridad:

—No intente ser heroica. Si Maldonado exige la evidencia, dásela. Si exige que se arrodille, hágalo. Su orgullo vale infinitamente menos que su vida. Y si en algún momento siente que la situación es insostenible, corra sin negociar y sin explicar. El refuerzo llegará, pero usted tiene que estar viva cuando llegue.

—¿Cuánto tiempo necesita fiscalía para llegar a la dirección?

—Con la señal del micrófono y el GPS, entre ocho y doce minutos. Necesita ganar al menos ese tiempo.

—Entendido.

Zoé la abrazó llorando antes de salir del campus hacia la casa de una amiga, como habían acordado. El abrazo duró más de lo habitual.

—No vayas. Por favor. No vale la pena.

—Sí vale —dijo Lalita—. Porque si no paro esto, Maldonado sigue operando y eventualmente te encuentra de todas formas. Al menos así tengo cierto control sobre los términos.

No era completamente verdad, pero era lo único que podía decir con honestidad relativa.

A las siete cuarenta y cinco, Lalita llegó sola a Calle Industria 847. La zona estaba exactamente como Sofía había descrito: bodegas con paredes de concreto agrietado, calles vacías, alumbrado público a medias. La bodega específica tenía la puerta principal entreabierta como invitación deliberada.

Respiró profundo, verificó por mensaje que el micrófono transmitía, y entró.

El interior olía a humedad y abandono. La escasa luz que entraba por las ventanas rotas creaba sombras que podían contener cualquier cosa. Escuchó pasos en el piso de arriba.

—Sube —ordenó una voz masculina—. Escalera al fondo.

El segundo piso era un espacio abierto con columnas de soporte y más ventanas rotas. En el centro, iluminado por una lámpara portátil, estaba Jorge Maldonado: cuarenta y tantos años, complexión robusta, cicatriz en la mejilla izquierda, la expresión de alguien que ha visto y causado suficiente violencia para ya no inmutarse ante ella. Dos hombres flanqueaban detrás.

Y de las sombras, con manos atadas y expresión de terror absoluto, emergió Carmela.

—Cometiste el error de confiar en ella —dijo Maldonado con tono conversacional—. Me avisó después de su charla en el café. Pensó que podía usarme como moneda de cambio contigo. Error de cálculo.

—Yo no quería... ella me preguntó... —sollozaba Carmela.

—Silencio. —Maldonado ni siquiera la miró—. Señorita Thompson, ¿trajo la evidencia?

Lalita sacó el USB del bolsillo.

—Todo está aquí. Testimonios, registros bancarios, lista de víctimas.

—Bien. Acérquela.

—Primero deja ir a Carmela.

—¿Piensa que tiene poder de negociación? —La miró con algo parecido a diversión—. Podría matarla y tomar el USB de su cadáver.

—Y perdería la oportunidad de saber si hice copias. Si me mata sin confirmar que este es el único, arriesga que la evidencia llegue a fiscalía de todas formas.

Maldonado consideró esto con la calma de quien no tiene prisa.

—¿Hizo copias?

—Por supuesto. Con un abogado, bajo instrucción de enviarlas a autoridades si no regreso en dos horas.

Era mentira, pero construida con suficiente detalle para sonar real.

—Fascinante. Entonces hay que negociar. —Hizo gesto a uno de sus hombres, quien soltó a Carmela empujándola hacia Lalita—. Llévatela. Tú te quedas cinco minutos más mientras confirmo el contenido.

—Carmela, ve. Baja, sal del edificio y corre sin detenerte.

—Pero tú...

—¡Ve!

Carmela corrió hacia las escaleras. Lalita escuchó sus pasos bajando, luego silencio.

Quedó sola con Maldonado y sus dos hombres.

Mientras Maldonado conectaba el USB a su laptop, Lalita calculaba tiempos. Sofía estaría escuchando todo. Villarreal habría llamado a fiscalía en el momento en que Carmela saliera del edificio. El refuerzo llegaría en diez minutos. Tal vez quince. Necesitaba ganar tiempo.

—¿Cómo empezaste en esto? —preguntó con tono casual.

—¿Curiosidad académica?

—Curiosidad humana.

—Decisiones pragmáticas —respondió Maldonado sin levantar la vista—. Igual que tú. Ves una oportunidad y la tomas.

Revisó archivos durante un momento. Luego levantó la vista con la expresión de quien acaba de confirmar lo que ya sabía.

—No creo que esas copias existan. Creo que mintió para ganar tiempo.

—Guardó el USB en su bolsillo y se acercó despacio—. Lo cual significa que ya no me sirve de ninguna manera.

Hizo gesto a sus hombres. Uno la sujetó antes de que pudiera moverse. El otro le revisó los bolsillos con eficiencia mecánica, encontró el teléfono, lo lanzó al suelo y lo destrozó con la bota sin ninguna prisa particular.

—Comprometido —murmuró Lalita hacia el micrófono con la voz apenas sostenida—. Completamente comprometido.

Maldonado sacó una navaja con el movimiento natural de quien la ha sacado muchas veces antes.

—Tiene valor, detective. Genuinamente. Pero el valor sin respaldo es solo valentía mal administrada, y la valentía mal administrada tiene consecuencias predecibles.

La navaja se acercó a su rostro hasta quedar a unos centímetros, y Lalita sintió un miedo específico y concreto que no se parecía en nada al miedo abstracto de casos anteriores. Este era visceral, físico, con latidos que se escuchaban en los oídos.

Y entonces llegaron las sirenas: múltiples, acercándose desde varias direcciones simultáneamente, con la urgencia inconfundible de un operativo coordinado.

Maldonado maldijo en voz baja, guardó la navaja con el mismo gesto natural con que la había sacado, y hizo señal a sus hombres con un movimiento de cabeza hacia la escalera trasera.

—Si sobrevive a esto —dijo mirándola por última vez antes de retroceder hacia las sombras—, díglele a fiscalía que tengo memoria larga.

Desapareció justo cuando los agentes irrumpían por la entrada principal con chalecos antibalas y linternas. Afuera sonaron dos disparos, luego silencio.

Un agente se acercó a Lalita, que seguía de pie contra la columna de soporte con las manos que no terminaban de dejar de temblar.

—¿Señorita Thompson? Está segura.

—¿Lo capturaron?

El agente dudó un segundo antes de responder, y esa duda dijo todo antes de que abriera la boca.

—Escapó por la parte trasera. Pero tenemos identificación completa y orden de aprehensión activa. Lo encontraremos.

Lalita asintió sin decir nada más.

Afuera, Sofía ya esperaba junto al auto con los brazos cruzados y la expresión de quien acaba de pasar doce minutos escuchando algo que no quería escuchar y ahora necesita confirmar con sus propios ojos que la persona está de pie.

—Estás bien —dijo. No era pregunta.

—Estoy bien —confirmó Lalita.

Ninguna de las dos dijo nada más por un momento. El operativo continuaba a su alrededor con agentes documentando la escena, pero ellas dos estaban en una burbuja específica de silencio que ninguna tenía prisa por romper.

Maldonado estaba libre. Eso significaba que nada había terminado todavía.

Capítulo 6

La confrontación fragmentada

Lalita pasó las siguientes cuatro horas en las oficinas de la fiscalía estatal dando declaración formal. Cada detalle del encuentro con Maldonado fue documentado con la minuciosidad burocrática que ese tipo de procesos requiere: la bodega, las amenazas, la navaja, el escape de Maldonado por la escalera trasera mientras los agentes entraban por la principal. Su boca respondía preguntas con precisión automática mientras su mente permanecía atrapada en el momento específico en que la navaja se acercó a su rostro.

—¿Está bien? —preguntó el fiscal Ramírez por tercera vez.

—Sí —mintió Lalita—. Solo cansada.

—Entiendo. Una última confirmación: ¿en algún momento Maldonado la tocó físicamente antes de que llegara el refuerzo?

—Sus hombres me sujetaron. Uno me revisó los bolsillos. Maldonado acercó la navaja a mi cara pero no llegó a cortarme.

—¿Distancia aproximada?

—Cinco centímetros. Quizás menos.

Ramírez anotó.

—Tenemos suficiente para orden de aprehensión por tentativa de homicidio, extorsión organizada, amenazas y privación ilegal de la libertad. El problema es encontrarlo.

—¿Tienen alguna pista de dónde está?

—Desapareció. Probablemente salió de la ciudad en las primeras horas. Emitiremos alerta estatal y nacional, congelaremos sus cuentas conocidas, allanaremos el taller en Colonia Morelos. Eventualmente cometerá un error.

—¿Eventualmente? —La voz de Lalita salió más aguda de lo que pretendía—. ¿Estamos hablando de días, semanas, meses?

—Honestamente, señorita Thompson, no puedo darle un plazo. Criminales como Maldonado tienen rutas de escape preparadas con anticipación. Pero también tienen hábitos, y los hábitos los delatan.

—¿Y mientras tanto?

—Le asignamos protección temporal. Un agente en su dormitorio, escolta cuando salga del campus, durante al menos dos semanas mientras evaluamos el nivel de amenaza.

Era algo. No era suficiente, pero era algo.

Cuando terminaron, pasaba de la medianoche. Zoé corrió a abrazarla en cuanto salió de la sala de declaraciones con el abrazo específico de quien estuvo conteniendo el miedo durante horas y ahora puede soltarlo.

—Pensé que cuando escuché los disparos...

No terminó la frase. Lalita tampoco la presionó para que lo hiciera.

—Estoy bien —dijo.

Pero mientras lo decía, sus manos empezaron a temblar. Luego las piernas. Luego todo el cuerpo con una intensidad que no podía controlar y que no había anticipado.

Sofía la sostuvo antes de que colapsara.

—Shock tardío. Es normal después de trauma extremo. Siéntate, respira, espera a que pase.

Tomó diez minutos. Villarreal le dio agua sin decir nada, sentado a su lado con la paciencia de quien ha aprendido que en ciertos momentos la presencia vale más que las palabras.

—No debería haber ido sola —murmuró Lalita cuando el temblor disminuyó.

—No —confirmó Villarreal—. Pero entiendo por qué lo hiciste. Y lo importante ahora es que estás aquí.

No era absolución ni reproche. Era reconocimiento de realidad, y en ese momento eso era lo que Lalita podía recibir.

Los tres días siguientes fueron borrosos de una manera específica: consciente pero desenfocada, presente pero sin realmente estar. Lalita no fue a clases. Se quedó en su dormitorio con el agente de protección afuera de la puerta y Zoé adentro, que había decidido unilateralmente no dejarla sola hasta nuevo aviso y que había llevado sus propios apuntes y su laptop para estudiar desde ahí sin hacer de ello un asunto de discusión.

No dormía bien. Cada vez que cerraba los ojos aparecía la navaja con la claridad específica de los recuerdos que el cuerpo guarda de manera diferente a los demás. Cada ruido inesperado —una puerta, pasos en el pasillo, el teléfono de Zoé— la hacía saltar con un reflejo que no podía controlar aunque su cerebro supiera en el mismo instante que no había amenaza. Cada mensaje de número desconocido provocaba un segundo de pánico físico antes de que pudiera procesar que era publicidad o un compañero de clases preguntando por la tarea.

Sofía y Villarreal continuaron la investigación sin ella, manteniéndola informada por mensajes cortos que no exigían respuesta inmediata y que dejaban claro que no había urgencia, que podía leerlos cuando estuviera lista. Con Maldonado en fuga, enfocaron en documentar y cerrar todo lo que quedaba: los acuerdos formales con Carmela y Alejandra, la renuncia firmada de Isaac, el testimonio de las otras trabajadoras de limpieza, la notificación discreta a las treinta y dos víctimas de que sus documentos habían sido recuperados y destruidos de manera certificada.

El campus seguía funcionando con normalidad absoluta, indiferente al hecho de que algo significativo había ocurrido en su interior. Los

estudiantes iban a clases, comían en la cafetería, se quejaban de exámenes. La vida ordinaria continuaba con la misma persistencia que tiene siempre, independientemente de lo que haya pasado en el margen.

Al cuarto día, Villarreal convocó reunión en la oficina del Proyecto Garza. Lalita fue escoltada por el agente de protección hasta el edificio de posgrado y subió las escaleras con la sensación de que el sótano familiar olía igual que siempre: café mediocre y papel impreso, el aroma específico del lugar donde pasaban horas haciendo trabajo que nadie más hacía.

—¿Cómo estás? —preguntó Sofía cuando llegó.

—Funcionando —respondió Lalita, porque era la respuesta más honesta disponible sin entrar en detalles que en ese momento no tenía energía para articular.

El recuento fue sistemático: Carmela había firmado el acuerdo y entregado el primer pago de restitución a fiscalía para distribución. Alejandra perdía su trabajo en biblioteca pero continuaba sus estudios con antecedente disciplinario permanente. Isaac estaba fuera sin cargos criminales, por decisión de la universidad de evitar el escándalo que una acusación formal habría generado. Las otras tres trabajadoras habían sido despedidas sin cargos por su participación menor y su cooperación inmediata cuando fueron interrogadas.

—¿Y la auditoría de salarios? —preguntó Lalita.

—Ya está en marcha —dijo Villarreal—. No puedo garantizar cambios inmediatos, pero hay escrutinio oficial donde antes no había nada.

—¿Las víctimas?

—Treinta y dos notificadas. Cinco optaron por denunciar formalmente. El resto prefiere dejarlo atrás.

—¿Zoé?

—Incluyendo yo —confirmó Zoé—. Ya tengo mi diario. Ya sé que nadie más lo leerá. No necesito revivir esto en un juzgado.

Lalita lo entendía, aunque una parte de ella hubiera querido otra respuesta.

—¿Maldonado?

Silencio.

—Sin rastro todavía —admitió Villarreal—. Fiscalía tiene alerta nacional. Congelaron sus cuentas, allanaron el taller. Desapareció con eficiencia de quien tenía el escape planificado.

—¿Y mi protección termina en dos semanas de todas formas?

—Si no hay actividad de su parte en ese tiempo, la evaluación de riesgo cambia.

Lalita asintió sin hacer más preguntas sobre ese punto.

Dos semanas después del incidente, cuando terminó oficialmente su protección policial, Carmela solicitó una reunión. Lalita aceptó con la ambivalencia de quien sabe que evitar la conversación no la hace desaparecer.

Se encontraron en un café neutral, lejos del campus. Carmela lucía diferente a la última vez que Lalita la había visto con claridad: diez años más envejecida en el lapso de dos semanas, con el peso visible de consecuencias que ya no podía ignorar ni posponer hacia un futuro más conveniente.

—Gracias por aceptar verme.

—No estoy segura de por qué lo hice —respondió Lalita, porque era la verdad.

—Necesito que sepas algo: cuando le di tu nombre a Maldonado, no pensé que intentaría matarte. Creí que solo te asustaría. Que te haría retroceder y dejar el caso.

—¿Y eso cambia algo de lo que pasó?

—No cambia lo que pasó. Pero cambia lo que yo quería que pasara, y eso importa aunque no sea suficiente.

—Cuando te vi en esa bodega, con la navaja en tu cara, pensé que te había matado yo misma —continuó Carmela—. Y que si morías, lo hacía por mi miedo de que me expusieras. Eso es algo con lo que voy a vivir mucho tiempo.

—Casi lo hiciste.

—Lo sé.

Carmela lloró en silencio durante un momento, con la discreción de alguien que ha aprendido a hacerlo sin llamar la atención, probablemente con años de práctica en lugares donde no podía permitirse que la vieran derrumbarse.

—Mis hijos ahora saben lo que hice —dijo cuando pudo continuar—. Se lo dije como exige, todo, sin omitir nada. Fue la conversación más difícil de mi vida. Marco me preguntó si los zapatos que le compré el año pasado venían de dinero robado. Le dije que sí. Vi algo quebrarse en su mirada y no sé si alguna vez va a repararse completamente.

Era el castigo más real de todos los que Carmela enfrentaba, más concreto que cualquier acuerdo legal o deuda en pesos, y Lalita no tenía nada que agregar.

—¿Encontraste trabajo?

—En tienda departamental. Paga menos, pero es trabajo honesto. Mi espalda lo nota. —Hizo el gesto pequeño de quien menciona un dolor físico sin querer hacer de él un drama—. Pero es trabajo honesto.

Hubo un silencio que ninguna de las dos intentó llenar apresuradamente.

—¿Por qué querías verme realmente? —preguntó Lalita finalmente.

Carmela sacó un sobre de su bolso y lo puso sobre la mesa.

—Primer pago de restitución. Tres mil pesos. Sé que va a tomar años recuperar todo, pero quiero que veas que hablo en serio y que no desaparezco cuando el acuerdo deja de estar supervisado de cerca.

—No es a mí a quien debes esto. Es a las víctimas.

—Fiscalía distribuye los pagos proporcionalmente entre todos los afectados. Esto es tu parte, por el daño causado durante el proceso de investigación.

—El diario que me robaron era falso.

—Pero el miedo que sentiste en esa bodega no lo fue. Y parte de ese miedo lo causé yo cuando le di tu nombre.

Lalita guardó el sobre sin abrirlo.

—¿Algo más?

—Solo que gracias. Por no destruirme completamente cuando tenías toda la evidencia para hacerlo.

—No lo hice por ti —dijo Lalita—. Lo hice porque destruirte también destruía a tus hijos, y ellos no merecían cargar con tus errores.

—Lo sé. Por eso lo aprecio más que si lo hubieras hecho por mí.

Cuando Carmela se fue, Lalita se quedó en el café un rato más con la taza ya fría entre las manos, mirando la calle por la ventana sin ver realmente nada en particular. No había perdón en lo que acababa de pasar, ni cierre limpio, ni ninguna de las resoluciones que los casos anteriores habían ofrecido de distintas maneras. Solo el reconocimiento mudo de que algunas situaciones terminan sin que nadie salga completamente bien, y que eso también es una forma válida de terminar.

Esa noche escribió en su libreta por primera vez desde el incidente en la bodega, con la letra un poco menos regular de lo habitual, como si la mano todavía no hubiera recuperado del todo su pulso normal:

"Caso de la residencia: técnicamente resuelto. Red desmantelada, documentos recuperados, participantes enfrentando consecuencias proporcionales, auditoría de salarios iniciada.

Maldonado sigue libre. Eso es lo que queda sin resolver, y es la parte que no puedo archivar todavía.

Este caso me cambió de una manera que los anteriores no lo hicieron, y no sé todavía si ese cambio es permanente o si con tiempo se asienta en algo manejable. Antes la muerte era un concepto abstracto que le pasaba a otros. Ahora sé exactamente a cuántos centímetros puede

estar una navaja del rostro. Lo sé con el cuerpo, no solo con la cabeza, y eso es diferente.

No sé todavía qué hacer con eso. Pero tengo que encontrar la manera, porque el caso no terminó mientras Maldonado esté libre."

Cerró la libreta y se quedó mirando la cubierta amarilla durante un momento antes de ponerla en la mesita de noche.

Maldonado seguía ahí afuera, en algún lugar que fiscalía no había podido identificar todavía. Y esa incertidumbre era la única parte del caso que no había podido cerrar.

Todavía.

Capítulo 7

Justicia imperfecta y reformas necesarias

La llamada llegó un martes por la mañana, tres semanas después del incidente en la bodega, mientras Lalita revisaba apuntes de Neuropsicología con la concentración forzada de quien intenta mantener la rutina porque no tiene otra herramienta disponible. Las noches seguían siendo difíciles —no todas, pero suficientes— y la rutina de clases y apuntes era la única estructura que impedía que el tiempo se volviera completamente amorfo.

Era el fiscal Ramírez.

—Señorita Thompson, quería avisarle personalmente: capturamos a Jorge Maldonado anoche en Guadalajara. Intentó cruzar hacia el norte con documentos falsificados. Lo tenemos detenido con cargos federales además de los estatales porque cruzó límites de jurisdicción durante la fuga. No va a salir en mucho tiempo, si es que sale.

Lalita tardó varios segundos en responder.

—¿Está completamente asegurado?

—Completamente. La detención fue limpia, sin incidentes. Sus dos colaboradores también fueron capturados. El caso está en manos de fiscalía federal ahora.

Cuando colgó, se quedó con el teléfono en la mano mirando la pared durante un momento que no supo cuánto duró. No era alivio todavía, o no exactamente. Era algo más parecido al momento en que un músculo que lleva semanas tenso empieza a soltar, y el proceso de soltar también duele a su manera.

Escribió a Sofía y a Zoé el mismo mensaje: *"Capturaron a Maldonado."*

Sofía respondió: *"Confirmado. Es real."* Zoé no escribió. Llamó directamente y cuando Lalita contestó solo dijo su nombre, y en ese nombre había todo lo que las semanas anteriores no habían podido decir todavía.

Esa tarde se reunieron los cuatro en la oficina del Proyecto Garza con la naturalidad de quienes han pasado suficientes horas en ese sótano para que la cafetera defectuosa y la puerta que chirría sean parte del paisaje habitual. La cafetera funcionaba —era miércoles, día par— y el café estaba razonablemente caliente. Nadie lo comentó, pero todos lo notaron.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Sofía.

—Diferente —respondió Lalita—. No aliviada todavía, o no completamente. Diferente.

—El alivio llega más despacio que el miedo —dijo Villarreal—. El miedo tiene función evolutiva inmediata. El alivio requiere recalibración, y eso toma más tiempo del que quisiéramos.

—¿Habla por experiencia propia?

—Hablo por décadas de ver a personas sobrevivir cosas que no deberían haber sobrevivido y luego tener que aprender a vivir con el hecho de haberlo hecho.

Era una de las pocas veces que Villarreal hablaba de sí mismo de manera oblicua. Lalita no presionó.

Zoé había traído pan dulce de la panadería de la colonia, su manera de marcar ocasiones que merecían algo distinto sin necesidad de nombrarlo. Lo pusieron en el centro de la mesa y cada quien tomó en silencio.

—La auditoría salarial publicó resultados preliminares esta semana —dijo Villarreal—. Los números son los que anticipamos: personal de limpieza con promedio de cuatro mil quinientos pesos mensuales contra colegiatura anual de doscientos mil pesos por estudiante. Uno de los diarios regionales lo retomó. Administración universitaria anunció programa de revisión salarial para personal de servicios, sin cifras ni fechas comprometidas todavía, pero con declaración pública del rector que crea una obligación política que antes no existía.

—¿Es suficiente?

—No. Pero es más de lo que había dos meses atrás.

Lalita pensó en Carmela, en Alejandra, en la frase que ambas habían dicho con palabras casi idénticas: *el sistema crea esto*. No era excusa. Pero era una descripción precisa de algo que ahora tenía al menos un punto de presión visible.

—¿Cómo están ellas? —preguntó.

—Carmela inició pagos de restitución conforme al acuerdo. Está trabajando en tienda departamental. Sus hijos están en la secundaria —dijo Villarreal—. Alejandra terminó el semestre con las mejores calificaciones de su carrera, según sus profesores, lo cual sugiere que el

estrés financiero que cargaba afectaba su rendimiento de maneras que ella misma probablemente no medía con claridad.

—¿Y las treinta y dos víctimas?

—Notificadas todas. Los cinco que decidieron presentar denuncia formal tienen proceso activo que continuará independientemente de nosotros. El resto está, como pueden, que es la única respuesta honesta disponible.

Sofía cerró su laptop y miró a Lalita.

—¿Vas a continuar investigando?

—Sí —dijo Lalita—. Pero de manera diferente. Villarreal me dijo que el problema antes era que no tenía suficiente miedo, y que ahora tengo la cantidad apropiada. El miedo que tengo ahora no es el que me va a detener. Es el que me va a hacer pensar antes de entrar sola a lugares que no debo.

Villarreal asintió sin agregar nada.

—¿Y qué pasa con los cabos pendientes del caso? —preguntó Zoé—. Maldonado detenido, Isaac fuera, Carmela y Alejandra con sus acuerdos, las víctimas notificadas. Lo que no tiene resolución es la condición que pusieron las dos: la investigación de salarios. Y eso no podemos cerrarlo nosotros.

—Podemos documentarlo —dijo Sofía—. Un informe formal del caso publicado con el respaldo del Proyecto Garza. No resuelve el problema estructural, pero lo nombra de manera que no puede ignorarse fácilmente.

—Ese es el informe final —confirmó Villarreal—. Lo que se investigó, lo que se encontró, y lo que queda pendiente para quien corresponda.

Antes de que cada quien se fuera, Zoé preguntó algo que llevaba semanas sin poder formular sin que sonara a interrogatorio:

—¿Estás bien de verdad? No funcionando. Bien.

Lalita pensó en la respuesta durante un momento real.

—Estoy trabajando en eso —dijo finalmente—. Que es diferente a estar bien, pero es más honesto que decirte que ya llegué.

Zoé asintió. Era la respuesta correcta, y las dos lo sabían sin necesidad de explicarlo.

Esa noche Lalita escribió en su libreta:

"Maldonado capturado. El miedo que no se iba empezó a moverse hacia otro lugar: todavía está, pero ya no ocupa el mismo espacio. Hay que ver qué pasa cuando el espacio que deja empieza a llenarse con otras cosas."

Cerró la libreta en página impar.

Era la primera noche en tres semanas que durmió sin despertarse a la mitad.

—Señorita Thompson, quería avisarle personalmente: capturamos a Jorge Maldonado anoche en Guadalajara. Intentó cruzar la frontera con documentos falsos. Lo tenemos detenido. La orden de aprehensión se ejecutó sin incidentes.

Lalita tardó varios segundos en responder.

—¿Está asegurado?

—Completamente. Hay cargos federales además de los estatales porque cruzó límites de jurisdicción durante la fuga. No va a salir en mucho tiempo, si es que sale.

Cuando colgó, se quedó con el teléfono en la mano mirando la pared durante un momento que no supo cuánto duró. Luego escribió a Sofía y a Zoé el mismo mensaje: *"Capturaron a Maldonado."*

Las respuestas llegaron casi simultáneas. Sofía escribió: *"Confirmado con fuentes propias. Es real."* Zoé no escribió nada. Llamó directamente y cuando Lalita contestó solo dijo su nombre, y en ese nombre había todo lo que las dos semanas anteriores no habían podido decir todavía.

Esa tarde se reunieron los cuatro en la oficina del Proyecto Garza. La cafetera funcionaba —era miércoles, día par— y el café estaba razonablemente caliente por una vez. Nadie lo comentó, pero todos lo notaron.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Sofía con la franqueza que la caracterizaba.

—Diferente —respondió Lalita, porque era la palabra más precisa que encontraba—. No aliviada todavía. Diferente.

—El alivio llega más despacio que el miedo —dijo Villarreal—. El miedo es inmediato porque tiene función evolutiva. El alivio requiere que el sistema nervioso recalibre, y eso toma tiempo.

—¿Habla por experiencia?

—Hablo por décadas de ver personas sobrevivir cosas que no deberían haber sobrevivido y luego tener que aprender a vivir con haberlo hecho.

Era una de las pocas veces que Villarreal hablaba de sí mismo de manera oblicua, y Lalita no presionó. Lo guardó.

Zoé había traído pan dulce de la panadería de la colonia, que era su manera específica de marcar ocasiones que merecían algo distinto a lo ordinario sin que hubiera que nombrarlo formalmente. Lo pusieron en el centro de la mesa y cada quien tomó sin comentario.

—La auditoría salarial publicó resultados preliminares esta semana —dijo Villarreal después de un momento—. Los números son los que anticipamos. Personal de limpieza: promedio de cuatro mil quinientos pesos mensuales. Colegiatura anual promedio de estudiante: doscientos

mil pesos. El contraste generó cobertura en medios estudiantiles y uno de los diarios regionales lo retomó. Administración universitaria está en modo de gestión de imagen.

—¿Qué significa eso en términos concretos? —preguntó Sofía.

—Que anunciaron programa de revisión salarial para personal de servicios. Todavía no hay cifras ni fechas comprometidas, pero hay declaración pública firmada por el rector. Lo cual crea obligación política que antes no existía.

—¿Es suficiente?

—No. Pero es más de lo que había hace dos meses, cuando no existía ni siquiera la presión.

Lalita pensó en Carmela, en Alejandra, en la frase que ambas habían dicho con palabras casi idénticas: *el sistema crea esto*. No era excusa para lo que habían hecho. Pero era una descripción precisa de algo que ahora tenía al menos un punto de presión visible.

—¿Cómo están Carmela y Alejandra? —preguntó.

—Carmela inició pagos de restitución conforme al acuerdo —dijo Villarreal—. Alejandra terminó el semestre con calificaciones que según sus profesores son las mejores de su carrera. Lo cual sugiere que el estrés financiero que cargaba afectaba su rendimiento de maneras que ella misma probablemente no medía con claridad.

—¿Y las otras víctimas?

—Las treinta y dos fueron notificadas. Los cinco que decidieron presentar denuncia formal tienen proceso activo que va a continuar independientemente de nosotros. El resto está, como pueden.

Era la respuesta honesta, y a veces la respuesta honesta era la única que quedaba.

Sofía cerró su laptop y la miró directamente.

—¿Vas a continuar investigando?

Era la pregunta que nadie había hecho en voz alta todavía, aunque llevaba semanas flotando en el aire de cada conversación.

—Sí —dijo Lalita—. Pero de manera diferente.

—¿Diferente cómo?

—Villarreal me dijo algo hace unos días que no entendí bien en el momento. Que el problema antes era que no tenía suficiente miedo, y que ahora tengo la cantidad apropiada. Creo que lo que quería decir es que el miedo que tengo ahora no es el que me va a detener. Es el que me va a hacer pensar mejor antes de entrar a bodegas abandonadas sola.

Villarreal asintió con la expresión de quien reconoce que sus propias palabras fueron entendidas con más precisión de la que él mismo las había formulado.

—¿Y qué pasa con el caso que ya tienes pendiente? —preguntó Zoé—. El de la residencia todavía tiene cabos sin atar.

—¿Cuáles?

—El prestamista ya está detenido. Isaac ya está fuera. Carmela y Alejandra ya tienen sus acuerdos. Las víctimas ya fueron notificadas. —Zoé contó con los dedos—. Lo que no tiene resolución todavía es la condición que pusieron las dos: la investigación de salarios. Y eso no lo podemos cerrar nosotros.

—Lo que podemos hacer es documentarlo —dijo Sofía—. Escribir un informe formal del caso con todas las conexiones entre las condiciones laborales del personal y el origen de la red de extorsión. Publicarlo en el Proyecto Garza con el respaldo académico de Villarreal. No resuelve el problema estructural, pero lo nombra de manera que no puede ignorarse fácilmente.

—¿Y eso forma parte del informe final del caso? —preguntó Lalita.

—Ese es el informe final del caso —dijo Villarreal—. Lo que se investigó, lo que se encontró, y lo que queda pendiente porque está fuera de nuestro alcance pero no debería estar fuera del alcance de quien corresponda.

Era una forma de cerrar que Lalita no había anticipado: no con resolución completa, sino con una señal clara hacia donde debía ir la atención de quien leyera el documento. Era honesto. Era también, pensó, más útil que el cierre limpio que los casos anteriores habían tenido.

Esa tarde, antes de que cada quien se fuera por su lado, Zoé preguntó algo que llevaba semanas sin poder formular:

—¿Estás bien de verdad? No funcionando. Bien.

Lalita pensó en la respuesta durante un momento real, no el instante de cortesía que normalmente precede al "estoy bien" automático.

—Estoy trabajando en eso —dijo finalmente—. Que es diferente a estar bien, pero es más honesto que decirte que ya llegué.

Zoé asintió. Era la respuesta correcta, y las dos lo sabían.

Esa noche Lalita escribió en su libreta:

"Maldonado capturado. El miedo que no se iba se fue moviendo hacia otro lado: todavía está, pero ya no ocupa el mismo espacio. Hay que ver qué pasa cuando el espacio que deja empieza a llenarse con otras cosas."

Cerró la libreta en página impar.

Era la primera noche en tres semanas que durmió sin despertarse a la mitad.

Capítulo 8

Informe final: cuando la justicia duele

Tres meses después del incidente en la bodega, Lalita se sentaba en el consultorio de la doctora Elena Ruiz para su octava sesión de terapia. El consultorio era pequeño y deliberadamente neutro: sillones cómodos, luz indirecta, una planta en la esquina que nunca había visto mal. La Dra. Ruiz tenía alrededor de cincuenta años, el tono de voz de quien ha aprendido que las preguntas abiertas son más útiles que las afirmaciones, y la paciencia específica de alguien que trabaja con trauma de manera regular y ha dejado de sorprenderse por las formas que toma.

Las primeras siete sesiones habían sido difíciles de una manera específica: confrontar el miedo, procesar la experiencia, reconocer que no era invencible. Las primeras dos semanas no había podido hablar de la bodega sin que la voz se quebrara a mitad de frase. La tercera semana había podido narrar los hechos con relativa calma, y eso ya era algo. La cuarta había empezado a dormir cuatro horas seguidas en lugar de dos.

—¿Cómo dormiste esta semana? —preguntó la Dra. Ruiz.

—Mejor. Dos pesadillas. Antes eran cinco o seis.

—Eso es progreso real. ¿Y los momentos de pánico?

—Uno. El martes. Vi a un hombre con cicatriz en la mejilla en el supermercado y por dos segundos pensé que era Maldonado. No lo era, obviamente. Pero mi cuerpo reaccionó antes de que mi cerebro pudiera procesar la diferencia: corazón acelerado, manos que empezaron a sudar, el instinto de buscar la salida más cercana.

—Eso es normal. El trauma no trabaja de manera lineal, y el cuerpo guarda ciertos recuerdos de manera diferente a como los guarda la mente. Habrá días buenos y días difíciles durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Varía. Pero el patrón general es que la frecuencia disminuye y la intensidad también. No desaparece completamente, pero deja de ser lo que organiza el día.

—¿Cuándo para de doler?

La Dra. Ruiz la miró con la compasión específica de quien ha respondido esa pregunta muchas veces y sabe que la única respuesta honesta no es la que nadie quiere escuchar.

—No para completamente. Pero duele menos con el tiempo, y aprendes a funcionar con él de manera que deja de definir cada día.

Lalita asintió. No era la respuesta que quería, pero era la honesta, y en ese punto ya prefería lo honesto.

—¿Puedo preguntarte algo como terapeuta?

—Por supuesto.

—¿Es cobardía dejar de investigar casos peligrosos, o es sentido común?

—¿Por qué piensas que podría ser cobardía?

—Porque si cambio mi comportamiento por miedo a la violencia, la violencia funcionó. Maldonado gana aunque esté en fuga.

—¿Y qué piensa la otra parte de ti?

—Que quiero vivir. Que quiero graduarme, tener carrera, llegar a los treinta sin haber muerto en una bodega abandonada. Cosas ordinarias que la gente hace sin arriesgar muerte violenta como parte del proceso.

—Esos no son deseos que se excluyan mutuamente, Lalita. Puedes querer justicia y querer vivir. Puedes seguir investigando y establecer límites que protejan tu seguridad. La pregunta que vale hacerse antes de cada caso es: ¿el bien posible justifica el riesgo real? Y ser honesta con la respuesta, no con la respuesta que crees que deberías dar.

Era consejo simple que Lalita guardó con cuidado, porque tenía la estructura de las frases que se asientan con el tiempo y se vuelven más útiles cuanto más las piensas.

Esa tarde se reunió con el equipo del Proyecto Garza para cerrar oficialmente el caso de la residencia. Villarreal había preparado el resumen con la exhaustividad que lo caracterizaba: qué funcionó, qué falló, qué harían diferente.

—Resultados tangibles —dijo Sofía leyendo de su laptop—: treinta y dos víctimas recuperaron documentos y recibieron compensación de las restituciones. Aumento salarial del cuarenta por ciento para el personal de limpieza de la residencia, instalación de cámaras de seguridad, nuevo administrador con protocolos de investigación de robos. Línea anónima de denuncias para personal vulnerable, activa desde el mes pasado.

Era lista sólida. Y decirla en voz alta, con esos números concretos, tenía un peso diferente a haberla pensado sola.

—Maldonado sigue libre —dijo Lalita.

—Sí —confirmó Villarreal—. Fiscalía mantiene búsqueda activa. Sin resultados hasta ahora. Pero estadísticamente, criminales como él establecen operaciones nuevas en territorios nuevos en lugar de regresar a donde fueron expuestos. El riesgo disminuye con el tiempo aunque nunca llega a cero.

—Entonces seguimos con esa incertidumbre como parte del escenario —dijo Lalita—. Y yo tomo decisiones más inteligentes sobre riesgo en los casos que vengan. Nunca más sola en territorio que no controlo. Nunca

más sin refuerzo real desde el principio, no como plan de contingencia sino como condición de trabajo.

—¿Eso significa que continuas investigando? —preguntó Sofía.

—Sí. Pero diferente.

Villarreal asintió sin agregar nada, que era su manera de decir que estaba de acuerdo sin hacer de ello un discurso.

—Maldonado sigue libre —dijo Lalita.

—Sí —confirmó Villarreal—. Fiscalía mantiene búsqueda activa en cinco estados. Sin resultados hasta ahora.

—¿Y yo simplemente vivo con esa incertidumbre de manera permanente?

—Estadísticamente, mientras más tiempo pasa sin actividad de su parte, menos probable es que regrese. Criminales como él típicamente establecen operaciones nuevas en territorio nuevo en lugar de arriesgar regresar a donde fueron expuestos.

—¿Típicamente.

—No puedo darte certeza absoluta. Nunca podré.

Lalita asintió. Era la respuesta correcta aunque no fuera la que quería.

—Entonces seguimos con incertidumbre —dijo finalmente—, y yo tomo decisiones más inteligentes sobre riesgo en casos futuros. Nunca más sin refuerzo adecuado. Nunca más sola en territorio que no controlo.

—¿Eso significa que continuas? —preguntó Sofía.

—Sí. Pero diferente.

Villarreal asintió con la expresión de quien considera que esa es la conclusión correcta.

Dos semanas después, Carmela apareció en el campus con sus dos hijos. Marco tenía dieciséis años y extendió la mano con una formalidad que probablemente había practicado en el camino, como alguien que necesita el protocolo para poder decir lo que quiere decir.

—Gracias por no destruir completamente a mi mamá. No justifico lo que hizo, pero sigue siendo mi mamá.

Laura, catorce años, fue más directa con la franqueza de quien todavía no ha aprendido a rodear las cosas.

—Mi mamá dice que le diste una oportunidad que no merecía. Gracias.

Lalita tardó un momento en encontrar las palabras correctas, no las fáciles.

—Su mamá está pagando por lo que hizo. Eso es lo justo. Pero ustedes no tenían que pagar también, y hacer que pagaran no habría hecho más justa a la justicia.

—¿La odias? —preguntó Marco con la franqueza de quien ha pensado mucho en esa pregunta y finalmente decidió hacerla.

—Estoy enojada con ella —dijo Lalita—. Decepcionada. Pero también entiendo que las situaciones desesperadas producen decisiones desesperadas. Eso no las justifica, pero las explica, y esa distinción importa.

—¿Y algún día dejarás de estar enojada?

—Probablemente. El enojo eventualmente se agota. Lo que queda después es solo reconocimiento de que la gente es complicada y que las razones por las que la gente hace daño raramente son las razones simples.

Carmela lloró en silencio, con la discreción de quien ha aprendido a llorar sin llamar la atención. Sus hijos la abrazaron con el gesto de quienes han tenido que practicar ese abrazo en los últimos meses.

Cuando se fueron, Zoé se acercó.

—Eso fue generoso de tu parte.

—No fue generosidad —dijo Lalita—. Fue reconocimiento de que castigar a Carmela sin matices también castigaba a dos adolescentes que no habían hecho nada. Y ellos no merecían eso.

—Pero podrías haber sido más fría. Más distante.

—Podría. Pero ¿qué habría ganado con eso?

Tres semanas después, fiscalía llamó con la noticia: habían capturado a Jorge Maldonado intentando cruzar la frontera hacia Guatemala. Resistió el arresto, hirió a un agente, pero fue sometido con cuatro agentes federales. Juez negó fianza por peligro de fuga comprobado y antecedentes de violencia. Permanecería en prisión preventiva hasta el juicio, que el fiscal calculaba en seis u ocho meses.

Cuando Lalita colgó, se quedó sentada un momento con el teléfono en la mano. No fue alivio inmediato lo que sintió, sino algo más parecido al momento en que un peso que se ha cargado tanto tiempo que ya no se nota deja de estar ahí, y lo que se siente no es alegría sino la extrañeza específica de la ausencia.

Esa noche celebraron en la oficina del Proyecto Garza con la cafetera funcionando y el pan dulce de Zoé sobre la mesa, sin euforia pero con el reconocimiento tranquilo de que algo importante había terminado.

—¿Lista para el siguiente caso? —preguntó Sofía con el tono de quien sabe que la respuesta importa pero no quiere que la pregunta suene a presión.

—Casi. Necesito terminar el semestre, recuperar las calificaciones que perdí, seguir con terapia. Pero después de enero, sí.

—Tengo algo que podría interesarte —dijo Villarreal—. Fraude en becas deportivas. Estudiantes que pierden becas por bajo rendimiento

académico de manera sospechosamente sistemática. Complejo, con mucha documentación, pero sin conexiones criminales violentas.

—Para enero —dijo Lalita.

—Para enero entonces.

Esa noche, sola en su dormitorio con la libreta amarilla abierta sobre el escritorio, Lalita escribió el informe final del caso con la caligrafía un poco más lenta de lo habitual, como si cada palabra necesitara confirmación antes de quedar escrita:

"Red de extorsión desmantelada. Treinta y dos víctimas recuperaron sus documentos. El sistema de la residencia fue reformado con cambios reales: salarios, protocolos, seguridad. Líder criminal capturado. Juicio pendiente con convicción probable.

Costo personal: casi morí. Eso no es frase dramática. Vi una navaja a cinco centímetros de mi rostro sostenida por alguien que planeaba usarla. Sobreviví porque el refuerzo llegó a tiempo, no porque yo fuera suficientemente inteligente para evitarlo. Esa distinción importa y no pienso olvidarla.

Lo que aprendí: la necesidad no justifica el crimen, pero lo contextualiza de maneras que no pueden ignorarse si la justicia va a ser real y no solo punitiva. El trauma es precio concreto, no metáfora. El miedo racional es herramienta, no debilidad. La justicia perfecta raramente existe cuando víctimas y perpetradores comparten vulnerabilidad, y forzarla destruye más de lo que repara.

¿Vale la pena continuar? La Dra. Ruiz me preguntó si el bien posible justifica el riesgo real. En este caso, creo que sí. En el siguiente tendré que volver a preguntarme. Y así con cada uno.

Caso cerrado."

Lalita cerró la libreta y la puso en la mesita de noche. Afuera, el campus seguía su ritmo ordinario: estudiantes entre los edificios, luces encendidas en los dormitorios, el sonido lejano de alguien practicando guitarra en algún cuarto del piso de arriba. La vida universitaria continuaba con la indiferencia benévola que tiene siempre, independientemente de lo que haya ocurrido en algún rincón de su interior.

Su teléfono vibró. Mensaje de Villarreal:

"Caso de becas deportivas confirmado para enero. Cuarenta páginas de evidencia preliminar. Sin violencia. Perfecto para regreso. ¿Interesada?"

Lalita lo leyó dos veces antes de responder.

"Sí. Con condición no negociable: nadie va solo a ningún interrogatorio que pueda ser riesgoso. Soporte siempre presente. Sin excepciones."

La respuesta llegó en treinta segundos:

"Aceptado sin reservas. Bienvenida de vuelta, detective."

Cerró el teléfono y se quedó mirando el techo durante un momento. La sonrisa que llegó no era la misma que tenía antes del caso cuatro —esa había quedado en algún lugar de aquella bodega con olor a abandono y paredes de concreto agrietado. Pero era una sonrisa real de todas formas: la de alguien que sabe exactamente cuánto puede perder y elige continuar con los ojos abiertos.

Eso, decidió, era suficiente.

Epílogo

Seis meses después del incidente en la bodega, Lalita testificó en el juicio de Jorge Maldonado.

Había preparado su testimonio con Villarreal durante tres sesiones, revisando cada detalle hasta que la narración fluyera con la precisión que un juicio requiere. Cuando llegó el día, entró a la sala sin el agente de protección —hacía cuatro meses que no lo necesitaba— y se sentó en el estrado con la calma de quien ha procesado suficientemente un evento para poder describirlo sin que la voz se quiebre.

Maldonado la miró desde el banquillo de los acusados durante todo su testimonio. Era una mirada calculada, de alguien que evalúa, que mide. Lalita no desvió la vista.

Describió la bodega con detalle clínico: la disposición del espacio, la lámpara portátil, la posición de los dos hombres que flanqueaban a Maldonado, la distancia exacta entre la navaja y su rostro. Describió a Carmela atada con manos temblorosas y la voz de Maldonado con la calma de quien ha dejado de necesitar alzarla para ser amenazante. Describió los mensajes de texto, las instrucciones del casillero, el GPS en el brazalete, el momento en que llegaron las sirenas.

Cuando terminó, el juez le agradeció la claridad del testimonio.

Lalita no se sintió valiente. Se sintió sobreviviente, que era una categoría diferente y más honesta.

Maldonado fue sentenciado a dieciocho años de prisión por extorsión organizada, tentativa de homicidio, privación ilegal de la libertad y múltiples cargos adicionales. Sus dos colaboradores recibieron sentencias menores por su participación en el operativo de la bodega.

Cuando el juez leyó la sentencia, Zoé, que estaba en la galería, tomó la mano de Lalita sin decir nada. No era necesario decir nada.

Afuera del juzgado, Sofía ya había calculado: cuando Maldonado saliera, si cumplía los dieciocho años completos, Lalita tendría cerca de cuarenta. Para entonces, esperaba haber resuelto suficientes casos para saber exactamente cómo manejar esa posibilidad si alguna vez se presentaba.

Esa tarde, de regreso en el campus, Villarreal le envió un mensaje:

"El caso de fraude en becas deportivas tiene fecha de inicio: lunes 15 de enero. ¿Confirmado?"

Lalita respondió sin dudar:

"Confirmado."

Cerró el teléfono y caminó hacia la biblioteca con la mochila al hombro y el sol de la tarde dando sobre los edificios del campus. Era un martes ordinario: estudiantes en grupos, alguien repartiendo volantes de evento universitario, el olor a comida recalentada saliendo de la cafetería.

Nadie sabía cuánto había costado llegar a ese martes ordinario.

Pero ella sí sabía. Y eso, había descubierto, era suficiente.

Próximamente: Fraude en las Becas Deportivas

Cuando estudiantes atletas comienzan a perder sus becas por bajo rendimiento académico de manera sospechosamente sistemática, Lalita descubre una red de corrupción que involucra entrenadores, el departamento de admisiones y dinero de patrocinadores externos. Esta vez investiga diferente: más cuidadosa, mejor respaldada, y con conciencia completa de cuánto tiene que perder.